

Trabajo Fin de Grado

**ASENTAMIENTOS CON RECINTOS DE
FOSOS EN EL CALCOLÍTICO PENINSULAR:
UN ESTADO DE LA CUESTIÓN**

Autor/es

Crinel Valentín Ungureanu

Director/es

Jesús V. Picazo Millán

Universidad de Zaragoza
Facultad de Filosofía y Letras
Septiembre 2015



Universidad
Zaragoza

RESUMEN

Con el inicio del Calcolítico, en la Península Ibérica asistiremos a un importante desarrollo social, con un aumento de la población y con comunidades organizadas de una manera más compleja dentro de poblados o asentamientos que podríamos denominar *protourbanos*. Sin embargo, estos poblados calcolíticos no serán homogéneos a nivel peninsular, y es que los diferentes ritmos de desarrollo económico-social que presentan las distintas zonas peninsulares tienen su reflejo en la aparición de diferentes tipos de asentamientos, que podemos sintetizar en dos: asentamientos con fosos y poblados amurallados. El objetivo del presente escrito es analizar de manera clara, coherente y precisa esta dualidad de asentamientos, haciendo especial hincapié en los poblados con recintos de fosos.

Palabras clave: Calcolítico, Península Ibérica, asentamientos, recintos de fosos, poblados fortificados, Los Millares, Campos de hoyos, Cultura de los Silos, arqueología marxista, Valle del Guadalquivir.

ÍNDICE GENERAL

1. INTRODUCCIÓN	4
1.1. Justificación del trabajo.	4
1.2. Estado actual de la cuestión.	5
1.3. Objetivos	6
1.4. Metodología aplicada.....	6
2. EL CALCOLÍTICO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA	10
3. TIPOS DE ASENTAMIENTOS CALCOLÍTICOS: FORTIFICADOS Y CON RECINTOS DE FOSOS	14
4. ASENTAMIENTOS FORTIFICADOS	15
5. ASENTAMIENTOS CON RECINTOS DE FOSOS	22
5.1. Los campos de hoyos	25
5.2. Los asentamientos con fosos.....	28
5.2.1. Función e interpretación de los recintos de fosos	29
5.3. Los asentamientos con fosos: un análisis marxista.	31
5.4. Los asentamientos con fosos y las sociedades que los poblaron: hipótesis recientes acerca de su desarrollo histórico	35
5.5. Los asentamientos con fosos: un fenómeno europeo.....	39
6. CONCLUSIONES	44
7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	47
ÍNDICE DE FIGURAS	53
ÍNDICE DE GRÁFICOS	54

1. INTRODUCCIÓN.

1.1. Justificación del trabajo.

El tema que vamos a analizar a lo largo de las siguientes páginas es el de los asentamientos existentes en la Península Ibérica durante el periodo conocido con el nombre de Edad del Cobre o Calcolítico. Dentro de estos poblados vamos a prestar especial atención a los denominados asentamientos con recintos de fosos, aquellos que tienen como rasgo característico una serie de zanjas o fosos que los delimitarían. Pero antes de abordar este tema central, para comprender mejor la singularidad del fenómeno, hablaremos brevemente del otro tipo de poblados que existen en la Península Ibérica durante este periodo, los asentamientos amurallados, aquellos que presentan una mayor complejidad defensiva, con murallas, torres, bastiones y fortines.

En lo que se refiere a la elección del tema, en primer lugar cabría explicar el porqué del periodo elegido. En este sentido, he querido centrarme en el Calcolítico porque se trata de una época llena de cambios, tanto a nivel económico, con una intensificación agropecuaria y la aparición de la metalurgia del cobre, como a nivel social, dándose el surgimiento de incipientes jefaturas políticas y élites económicas. En este sentido, el Calcolítico se correspondería con un periodo de transición, en el que las comunidades neolíticas evolucionarían hacia las denominadas *sociedades complejas* de la Edad del Bronce.

Por otro lado, me he visto obligado a limitar el presente escrito a la Península Ibérica porque abordar el tema de los asentamientos calcolíticos a nivel continental habría tenido como resultado un trabajo mucho más general, no pudiendo profundizar en la dinámica de las sociedades que poblaron tales asentamientos, ya que eso supondría una cantidad de información que superaría el límite de palabras establecido para la realización del trabajo. Por ello, he considerado necesario restringir el análisis al ámbito peninsular.

Por último, en lo que se refiere al tema propiamente dicho, me he decantado por el estudio de los asentamientos calcolíticos porque pienso que es una de las mejores maneras para comprender cómo eran las sociedades que habitaron tales espacios, y es que el análisis de un determinado yacimiento nos puede hablar sobre las actividades económicas desarrolladas en su interior, sobre las características de las sociedades que los habitaron, sobre las estrategias agropecuarias que éstas llevaron a cabo, sobre los avances tecnológicos que alcanzaron, etc.

No obstante, como hemos señalado más arriba, dentro de estos poblados, prestaremos una mayor atención a los denominados asentamientos con recintos de fosos. Esta especial atención a tales poblados se debe a que, desde el punto de vista de la investigación arqueológica, siempre ha habido un mayor interés por los asentamientos amurallados, mientras que los poblados con fosos han sido escasamente tratados. En consecuencia, en los manuales apenas encontramos referencias a tales asentamientos,

por lo que me he tomado este trabajo como una oportunidad para ampliar y adquirir nuevos conocimientos sobre este periodo peninsular.

1.2. Estado actual de la cuestión.

Los primeros yacimientos con recintos de fosos en la Península Ibérica fueron descubiertos en la década de los años setenta del siglo pasado. Hasta ese momento, los investigadores habían constatado la existencia de un único tipo de poblados calcolíticos en el ámbito peninsular, los denominados asentamientos fortificados tipo Los Millares, que se caracterizaban por presentar complejos sistemas defensivos, a veces con varias líneas de murallas. Sin embargo, con el descubrimiento de los poblados con fosos, el panorama historiográfico cambió, y se llegó a la conclusión de que durante la Edad del Cobre, había existido una dualidad de asentamientos en la Península Ibérica. Estos nuevos poblados se caracterizaban por la presencia de una serie de estructuras subterráneas que los delimitaban, que fueron interpretadas como fosos o zanjas. En lo que se refiere a la funcionalidad de estas estructuras, desde su hallazgo se han propuesto muchas y diversas teorías, siendo hoy en día la hipótesis hegemónica aquella que defiende que los fosos habrían funcionado como estructuras defensivas. Sin embargo, esta teoría, como veremos más tarde, ha sufrido numerosas e importantes críticas.

La corriente que ha ocupado una posición fundamental en la interpretación de estos asentamientos ha sido la denominada arqueología marxista, que irrumpe en escena a comienzos de la década de los noventa, e interpreta el devenir histórico de la Prehistoria Reciente del Sur Peninsular, que es donde se descubrieron los primeros yacimientos con fosos, en términos de desigualdad social y lucha de clases. Los investigadores pertenecientes a esta corriente formularon una serie de postulados sobre el desarrollo histórico de estos asentamientos con fosos que siguen en vigor en la actualidad, y su dominio historiográfico habría sido absoluto si no hubiera sido por la formulación de nuevos modelos interpretativos con el comienzo del nuevo milenio, de los cuales el más importante y ambicioso sería el propuesto por Francisco Nocete (2001), que analizaremos con mayor profundidad más adelante.

Por último, aunque el territorio analizado en el presente escrito es la Península Ibérica, en la actualidad, algunos investigadores, como Márquez Romero (2001; con Jiménez Jáimez, 2010), señalan la importancia de entender el fenómeno de los recintos de fosos como uno continental, y no únicamente circunscrito al ámbito peninsular. Además, a nivel europeo dicho fenómeno tendría una cronología mucho más amplia, que abarcaría desde el VI milenio ANE, mientras que en la Península Ibérica los yacimientos más antiguos datan del 4000-3500 ANE.

1.3. Objetivos

El gran propósito que nos hemos marcado en la realización del presente trabajo es analizar de manera clara, coherente y precisa la dicotomía o dualidad de asentamientos existentes en la Península Ibérica durante la Edad del Cobre, prestando especial atención a los poblados con recintos de fosos. Sin embargo, para lograr este gran propósito, ha sido necesario alcanzar toda una serie de objetivos, que son:

- Explicar el contexto histórico en el que se desarrollan tales asentamientos, con el objetivo de situar al lector en el espacio y el tiempo, para que así pueda comprender mejor cómo eran las sociedades que desarrollaron y habitaron estos poblados.
- Para captar la singularidad del fenómeno de los recintos de fosos, explicar los rasgos más importantes de los asentamientos amurallados y de sus pobladores, analizando las características que tienen en común ambos tipos de asentamientos, y en qué se diferencian.
- Explicar los rasgos generales de los poblados con fosos, analizando las clases de estructuras subterráneas que se pueden hallar en su interior, su cronología y cuál es su distribución geográfica.
- Abordar las diferentes hipótesis propuestas sobre la posible funcionalidad de las zanjas, y explicar cómo han sido abordados estos poblados por la investigación tradicional, desde su asimilación con los *campos de hoyos* hasta los nuevos modelos interpretativos sobre su desarrollo histórico, formulados en el siglo XXI.
- Por último, hacer comprender al lector que el fenómeno de los asentamientos con fosos no queda circunscrito a la Península Ibérica, sino que tiene que ser entendido como un fenómeno europeo, con una cronología, además, mucho más amplia que la peninsular, remontándose sus inicios al VI milenio ANE.

La consecución de todos estos objetivos tendría como resultado un análisis preciso y completo sobre los dos tipos de asentamientos calcolíticos que existieron en el ámbito peninsular y las sociedades que los habitaron, en lo que se refiere a sus características culturales, actividades económicas, relaciones sociales, etc.

1.4. Metodología aplicada.

En cuanto a la metodología utilizada, al tratarse de un trabajo bibliográfico, todas las fuentes empleadas en la realización del mismo han sido de carácter secundario. Como el lector podrá comprobar en la bibliografía que aparece al final del escrito, la mayoría de fuentes consultadas se corresponden con artículos, ya que hay muy pocas obras que aborden de manera específica la temática de los asentamientos calcolíticos con recintos de fosos en la Península Ibérica. En este sentido, en la Biblioteca María Moliner de la Universidad de Zaragoza, sólo hay un libro que trate este tema, el de Márquez Romero y Jiménez Jáimez (2010): *Recintos de fosos. Genealogía y significado de una tradición en la Prehistoria del suroeste de la Península Ibérica*. Por ello, Internet ha constituido

una herramienta esencial en la realización del presente escrito, ya que me ha permitido acceder a portales como *Academia.edu* o *Dialnet*, que ofrecen una gran cantidad de artículos, muchas veces compartidos por los propios investigadores que están dirigiendo las excavaciones en los asentamientos calcolíticos analizados a lo largo del trabajo.

Sin embargo, Internet no sólo me ha servido para tener acceso a este tipo de portales, sino que también me ha ofrecido la posibilidad de acceder a un gran número de revistas sobre Prehistoria y Arqueología en la Península Ibérica, que cuelgan sus números anteriores en Internet a disposición de los usuarios. En este sentido, alguna de estas revistas *online* serían: *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, *Trabajos de Prehistoria*, *Anuario arqueológico de Andalucía*, *Revista de Arqueología*, *Revista de Arqueología de Portugal*, etc.

No obstante, si bien es cierto que en la Biblioteca de la Universidad de Zaragoza hay poca información específica sobre los poblados con recintos de fosos, esto no quiere decir que toda la información utilizada proceda de artículos de Internet. En la Biblioteca María Moliner he encontrado gran cantidad de obras que hablan sobre el Calcolítico, y de manera indirecta, sobre los asentamientos de esta época. De este modo he tratado de construir un discurso coherente mediante la recopilación de información procedente de toda una serie de obras. En este sentido, me gustaría señalar que todas las obras que aparecen mencionadas en la bibliografía final han sido consultadas de manera detallada, anotando a lo largo del trabajo, en las correspondientes citas, las páginas en las que el lector podrá comprobar dicha información.

Con respecto a dichas referencias bibliográficas, el sistema que he utilizado para citar ha sido el denominado “sistema Harvard”, que permite incluir dentro del propio texto, y no en notas a pie de página, la información sobre las fuentes utilizadas, ya sea para citar, parafrasear o simplemente señalar dónde hemos encontrado una determinada información. El objetivo de este sistema es facilitar al lector de forma rápida la información necesaria que le permita ubicar las obras empleadas en la construcción del texto. No obstante, es pertinente señalar que el empleo de este sistema no ha excluido el de notas a pie de página, cuya utilización reservaremos para posibles aclaraciones y explicaciones.

En lo que se refiere a la estructura del trabajo, he querido iniciar el mismo con una introducción en la que trataré de explicar el contexto histórico en el que surgen y se desarrollan los asentamientos calcolíticos. Este primer apartado tendría el objetivo de situar al lector en el espacio y el tiempo, ayudándole a comprender cómo eran las sociedades que desarrollaron este tipo de poblados. Para ello, abordaremos tales sociedades desde el punto de vista de sus principales actividades económicas, donde la agricultura, la ganadería y la metalurgia ocuparían una posición fundamental. Para acabar esta introducción también hablaremos acerca de los debates que se dan en torno a la aparición de incipientes jefaturas políticas y élites económicas.

Dado que a lo largo del trabajo nos dedicaremos a analizar las diferencias que existen entre los asentamientos amurallados y los poblados con fosos, el apartado que sigue al

contexto histórico lo centraremos en señalar las pocas características que tienen en común ambos tipos de poblados. Una vez analizadas estas características en común, abordaremos el tema de los asentamientos amurallados. Para explicar en qué consisten y cuáles son las características principales de este tipo de poblados, vamos a tomar como referencia tres importantes yacimientos peninsulares: uno situado en el denominado foco Almeriense-Granadino, que sería el emblemático yacimiento de *Los Millares*; y otros dos ubicados en la zona de Lisboa (Portugal), que serían los de *Vila Nova de Sao Pedro* y *Zambujal*.

El último punto, al que dedicaremos la mayor parte del trabajo, es el dedicado al fenómeno de los asentamientos con recintos de fosos. Este capítulo quedaría dividido, a su vez, en una serie de apartados, el primero de los cuales nos podría servir como introducción al tema, ya que en él vamos a explicar en qué consisten los asentamientos con fosos, cuáles son sus características principales, qué tipo de estructuras subterráneas hallaremos en su interior y cuál es la morfología de tales estructuras.

En el segundo apartado de este último punto abordaremos el tema de los *campos de hoyos*, entendidos como grandes superficies de terreno, que se vienen descubriendo desde el siglo XIX, en los que aparecen excavadas una serie de fosos. He considerado oportuno incluir en el trabajo un apartado dedicado a estos campos de hoyos por dos motivos: 1) en primer lugar, porque desde el punto de vista de la investigación arqueológica, son el precedente más inmediato de los asentamientos con recintos de fosos, siendo exactamente iguales a tales poblados pero sin fosos que los delimiten. 2) En segundo lugar, además de presentar zanjas, en los poblados con fosos también proliferan otra clase de estructuras subterráneas, que son las fosas colmatadas con depósitos arqueológicos. Tales fosas son iguales a las que encontramos en los campos de hoyos. En consecuencia, cuando los yacimientos con fosos fueron descubiertos, a los silos presentes en el interior de estos asentamientos se les atribuyeron las mismas funciones que se venían otorgando a las fosas de los campos de hoyos desde el siglo XIX, unas funciones que analizaremos con mayor profundidad en este apartado.

Después de este punto dedicado a los campos de hoyos, pasaremos a centrarnos ya en los asentamientos con fosos propiamente dichos. En este nuevo apartado hablaremos, en primer lugar, acerca de la cronología y la ubicación geográfica, a nivel peninsular y local, de estos poblados. Sin embargo, lo más importante e interesante de este tercer apartado es el debate que se da en torno a la funcionalidad de los fosos. En este sentido, analizaremos de una manera más pormenorizada la hipótesis sobre las zanjas como estructuras defensivas, que es la teoría que ha llegado hasta nuestros días en una posición hegemónica, aunque recibiendo numerosas críticas a nivel europeo y peninsular. Una vez analizadas las diferentes hipótesis acerca de la funcionalidad de los fosos, para acabar este apartado hablaremos brevemente del otro tipo de estructuras subterráneas que aparecen en el interior del espacio delimitado por las zanjas, es decir, de las fosas u hoyos.

En el siguiente punto abordaremos estos poblados desde el punto de vista de la arqueología marxista, que ocupa una posición fundamental en la interpretación de estos asentamientos. Esta corriente defiende que la variabilidad de registros arqueológicos de la Prehistoria Reciente en el sur Peninsular debe ser interpretada en términos sociales, siendo ésta un reflejo de la desigualdad socioeconómica y la lucha de clases. En este sentido, tres son los yacimientos que los investigadores marxistas tomarán como ejemplo para presentar sus hipótesis: *Polideportivo de Martos*, *Marroquíes Bajos* y *Valencina de la Concepción*. A partir del análisis de estos tres yacimientos, estos investigadores llegarán a una serie de conclusiones que igualmente plasmaremos en este apartado.

Muchos de los postulados marxistas formulados en la década de los noventa siguen en pleno vigor hoy en día, y la supremacía de esta corriente habría sido absoluta si no hubiera sido por la formulación, a finales y con el comienzo del nuevo milenio, de tres importantes modelos interpretativos acerca del desarrollo histórico del Sur Peninsular en la Prehistoria Reciente. Estas tres interpretaciones son las formuladas por García Sanjuan y Hurtado (1997), Nocete (2001) y Díaz del Río (2004). Serán precisamente estos tres modelos interpretativos el tema que abordaremos en el último punto del trabajo, en lo que se refiere a los yacimientos con fosos en la Península Ibérica.

Por último, y ya para acabar el trabajo, hablaremos brevemente sobre el fenómeno de los recintos de fosos a nivel europeo, señalando su cronología y ubicación geográfica, y explicando las diferencias y similitudes que existen entre estos yacimientos europeos y los peninsulares. También en este último apartado analizaremos de manera detallada la denominada “tesis belicista” de Lawrence Keeley, quien interpreta los asentamientos con fosos europeos como escenarios de importantes conflictos bélicos, y considera las zanjas que delimitan tales poblados como complejas estructuras defensivas.

2. EL CALCOLÍTICO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA.

El paso del Neolítico al Calcolítico en la Península Ibérica no se produce de una manera rápida y brusca, sino de forma lenta y gradual. Además, este cambio no es simultáneo y general en todo el ámbito peninsular, sino que el Calcolítico variará su cronología en función del área geográfica en la que nos encontremos, es decir, no surgirá en todos los lugares al mismo tiempo, ni finalizará en todos ellos de manera sincrónica, sino que en cada espacio geográfico evolucionará de manera distinta. Así, por ejemplo, en el Sudeste peninsular, Castro, Lull y Micó (1996), al reunir y analizar el conjunto de dataciones radiocarbónicas publicadas, situaron el Calcolítico entre 3400-2250 cal A.N.E. (Gráfico 1), mientras que en el Sudoeste, según estos mismos autores, el periodo se ubicaría entre 3200-2150 cal A.N.E. (Gráfico 2).

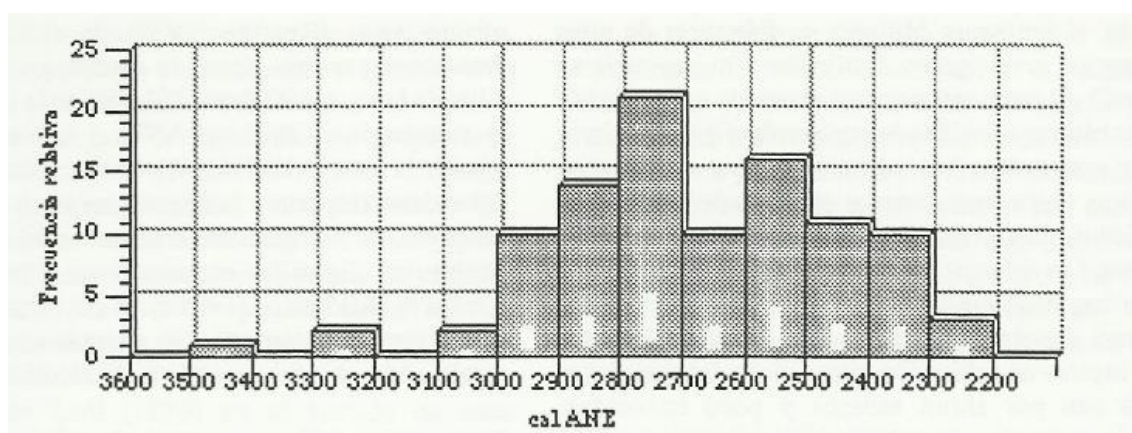


Gráfico 1. Distribución de frecuencias relativas de dataciones radiocarbónicas válidas procedentes de contextos de la cultura de Los Millares (Sudeste peninsular). Imagen tomada de Castro, Lull y Micó (1996: 80).

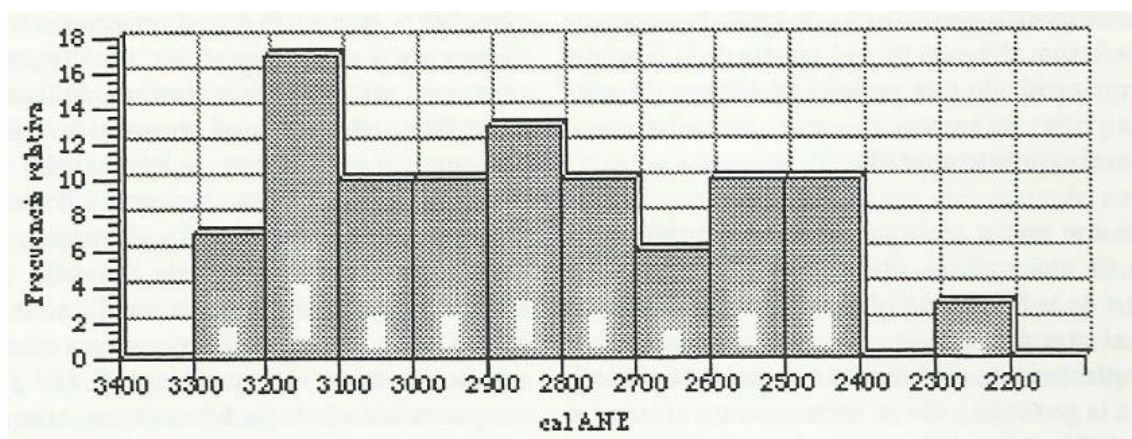


Gráfico 2. Distribución de frecuencias relativas de las dataciones radiocarbónicas válidas de yacimientos calcolíticos del Alemtejo y Algarve (Sudoeste peninsular). Imagen tomada de Castro, Lull y Micó (1996: 91).

Con el inicio de este periodo se va a dar un desarrollo en todos los ámbitos, y no solamente desde el punto de vista tecnológico. En este sentido, asistiremos a un importante desarrollo social con un aumento de la población y con comunidades organizadas de una manera más compleja dentro de poblados o asentamientos que podríamos llamar “protourbanos”. Esta complejidad social del Calcolítico queda patente en el hecho de que empiezan a surgir unas incipientes jefaturas políticas y élites

económicas que estarán por encima del resto de la comunidad. Se comienza a dar, por tanto, una incipiente estratificación social y una jerarquización dentro de los poblados¹ (Castro, Lull y Micó, 1996: 63). Todo este desarrollo social se vería además acompañado de un desarrollo cultural y económico basado en una explotación más diversificada del territorio que, a su vez, haría aumentar la población.

Desde un punto de vista económico, este periodo se va a caracterizar por la aparición de la metalurgia del cobre y por un gran desarrollo de la actividad agropecuaria, con una intensificación de la producción agrícola y la puesta en marcha de nuevas estrategias ganaderas, que tendrán como resultado un aumento de la producción de bienes subsistenciales.

En primer lugar, en lo que se refiere a la actividad metalúrgica, parece desarrollarse con mayor énfasis en los asentamientos fortificados y se ha planteado que, en un primer momento, dicha actividad tuviera un papel más bien secundario, dedicada a la fabricación de elementos de prestigio (Eiroa, 2009: 414-415). Sin embargo, los primeros objetos de metal hallados serían elementos más “simples”, como pequeños punzones o algunas puntas de flecha. Posteriormente, y junto a la cerámica campaniforme, aparecerían objetos de una elaboración más compleja, como son los puñales de lengüeta, que sí pudieron tener un valor de prestigio.

Por otro lado, los datos paleobotánicos ponen de manifiesto que la agricultura estaba basada en el trigo, la cebada, las habas y el lino. Además, en los asentamientos ubicados en la desembocadura del río Tajo, se han encontrado huesos de aceituna y restos de madera de olivo y parra, especies que se encuentran en estado silvestre en la vegetación típica mediterránea, pero cuya domesticación y explotación en la Península Ibérica en esta época no está clara. (Chapman, 1991: 185-186, 312; Eiroa, 2009: 433)

Durante este período, vamos a asistir a una intensificación y diversificación de los cultivos, registrándose evidencias de cosecha, procesado y almacenamiento de cereales. Esto va a dar lugar a un aumento de la demografía que a su vez repercutirá en el número y tamaño de los asentamientos, es decir, como consecuencia de esa intensificación agrícola, la población aumentará, y los poblados se van a multiplicar y van a aumentar su tamaño. En este sentido, se han propuesto tres teorías para explicar cómo se produce este aumento de la producción:

1. En primer lugar, se ha sugerido la posibilidad de que se diera un sistema de explotación en el que el regadío ocupara una posición fundamental. Sin embargo, en los asentamientos estudiados no se han encontrado evidencias arqueológicas de tales sistemas de riego.
2. En segundo lugar, algunos autores relacionan la intensificación agrícola del Calcolítico con el desarrollo de una agricultura cerealista en secano, como en las Campiñas del Alto Guadalquivir (Jaén), donde Nocete (1984, 1994, 2001)

¹ Con respecto a esta aparición de jefaturas políticas, cabría señalar que éste no es un fenómeno general a nivel peninsular, sino que seguiremos encontrando asentamientos que ponen de manifiesto una continuidad de comunidades socialmente homogéneas.

plantea incluso la formación de uno de los primeros estados del Occidente Europeo.

3. Por último, la tercera explicación se correspondería con la denominada *revolución de los productos secundarios* de Andrew Sherratt (1981: 261-262), quien relaciona la intensificación agrícola con el desarrollo ganadero. Según este autor, los animales, además de ser utilizados para la obtención de carne, también lo eran para la consecución de productos secundarios, como la leche o la lana, y sobre todo como fuerza de tracción en el transporte y arado de los campos, lo que conllevaría un aumento de la producción agrícola. Los autores Richard Harrison y Gloria Moreno (1986) aplicarían esta misma teoría a la Península Ibérica, bajo la denominación de *policultivo ganadero*.

Por último, los restos arqueozoológicos también parecen confirmar una intensificación ganadera. La carne que más se consumía era la procedente de cabras y ovejas, especies que además pudieron haber sido utilizadas en la obtención de productos secundarios, como la leche y la lana. También aumenta la proporción de vacuno, y se ha observado que en los contextos funerarios aparece una gran cantidad de restos bóvidos, lo que ha llevado a pensar que dichos animales pudieron haber sido utilizados en sacrificios rituales. Al final del Calcolítico también se incrementa el porcentaje de équidos. Por otro lado, se ha planteado una introducción del arado, y es que los restos arqueozoológicos ponen de manifiesto que los bóvidos y équidos, predominantemente machos, eran sacrificados a una edad tardía, fenómeno que en Europa se ha relacionado con la aparición del arado.

Gilman Guillén (1987: 62), en su artículo *Regadío y conflictos en sociedades acéfalas*, dice que todo este desarrollo a nivel económico explicaría también los cambios en el patrón de asentamiento. Según este autor, la introducción del arado y la mayor variedad de cultivos anuales habrían permitido el establecimiento de poblados más duraderos y permanentes. De esta manera se reducía esa tendencia a la división, inherente a las sociedades tribales, y la gente quedaba ligada a la tierra (Gilman, 1976: 311-315). Por otra parte, Gilman considera que la metalurgia y la intensificación agrícola lograron cambiar las relaciones sociales igualitarias, dirigiéndolas hacia la estratificación social, hacia la aparición de unas élites políticas. (Ramos Millán, 1981: 240)

También Chapman (1982: 49; 1991: 200) habla sobre la aparición de unas jefaturas políticas en el Sureste Peninsular, en el foco Almeriense-Granadino, donde se encuentra el yacimiento de *Los Millares*. Este autor sostiene que las jefaturas surgen a partir del dominio sobre los mecanismos de gestión del agua, un bien escaso en este ámbito árido. Los asentamientos se situarían en torno a cursos fluviales, y sus habitantes realizarían las inversiones de trabajo pertinentes para poner en funcionamiento dispositivos de control hidráulico, lo que tendría como resultado una intensificación de la producción agrícola mediante sistemas de irrigación artificial. Las élites serían las gestoras de estos recursos, organizando y dirigiendo al resto de la comunidad para dar respuesta a las limitaciones medioambientales. Sin embargo, a pesar de esta teoría de Chapman, como ya hemos señalado, la *tesis hidráulica* no cuenta con evidencias arqueológicas.

En el mismo sentido que Chapman, Mathers (1984a: 1186-1187) también relaciona el surgimiento de las jefaturas con el control de determinados recursos. Además, este autor defiende, al igual que Gilman (Gilman y Thornes, 1985: 184), que aunque durante el Calcolítico se asiste a un proceso de jerarquización y desigualdad social, éste queda encubierto por el ritual de enterramiento colectivo, cada vez menos popular con el paso del tiempo. (Mathers; 1984a, 1984b)

Otros autores como Ramos (1981: 249, 252-254) o Lull (1983: 10-11, 456; 1984) sitúan la aparición de las élites políticas en la Edad del Bronce y no en el Calcolítico. En este sentido, Ramos Millán defiende que “no podemos hablar aún de jefaturas en la dirección de la economía política de las comunidades eneolíticas [...] Sólo nos quedaría recurrir a un proceso mediante el cual durante la Edad del Cobre los cabecillas aldeanos son progresivamente sustituidos por ‘grandes hombres’ (*big men*).” (Ramos Millán, 1981: 253)

3. TIPOS DE ASENTAMIENTOS CALCOLÍTICOS: FORTIFICADOS Y CON RECINTOS DE FOSOS.

Como hemos señalado más arriba, el Calcolítico no evoluciona de igual manera en todo el ámbito peninsular. En este sentido, los diferentes ritmos de desarrollo económico-social que presentan las distintas zonas peninsulares quedan reflejados también en la aparición de diferentes tipos de asentamientos, que podemos dividir en dos: poblados fortificados y asentamientos con recintos de fosos. Aunque estos dos tipos de poblados presentan marcadas diferencias entre ellos, lo cierto es que vamos a encontrar una serie de características compartidas por ambos:

- Son asentamientos más complejos de los que podíamos encontrar en el Neolítico Inicial y Medio.
- La agricultura y la ganadería serán las principales actividades económicas llevadas a cabo en su interior. En este sentido, las sociedades calcolíticas buscarán siempre el poblamiento de zonas que permitan el desarrollo de una actividad agropecuaria.
- También la actividad metalúrgica conocerá un desarrollo importante en el seno de los asentamientos calcolíticos, sobre todo en lo que se refiere a los poblados amurallados. En este sentido, en el yacimiento de Zambujal, en Portugal, las manifestaciones sobre la producción de objetos de cobre se han hallado en el mismo centro del poblado, lo que ha llevado a algunos investigadores, como Michael Kunst (1987: 596-597), a afirmar que los productores metalúrgicos ocupaban una posición de privilegio en el seno de las sociedades calcolíticas.
- Se transmite una idea de estabilidad y permanencia sobre el terreno. Un ejemplo de ello sería el poblado de Los Millares, en Almería, cuya construcción, dada la magnitud del asentamiento, debió suponer un esfuerzo enorme, y sus pobladores no habrían puesto en pie tal poblado si no tuvieran una intención de permanecer en él a largo plazo.

Sin embargo, al margen de estas pequeñas similitudes, los asentamientos con recintos de fosos y los fortificados presentan notables diferencias entre ellos. Un ejemplo serían sus respectivas ubicaciones a nivel local. Mientras que los asentamientos fortificados aparecen siempre en posiciones elevadas, que ofrecen una defensa natural y una gran visibilidad del entorno geográfico, los poblados con fosos los encontraremos ubicados en lugares muy difíciles de defender y con escasa visibilidad de su entorno. Las grandes similitudes entre estos asentamientos se dan entono a las actividades económicas desarrolladas en su interior y a la complejidad que presentan respecto a los poblados neolíticos. También cabría señalar que esa tendencia a la sedentarización y permanencia sobre el terreno no será general a nivel peninsular, sino que variará en función del grado de desarrollo de las comunidades. En este sentido, seguiremos encontrando sociedades con un cierto grado de movilidad.

4. ASENTAMIENTOS FORTIFICADOS

Dentro de este grupo incluiremos todos aquellos asentamientos que presentan una mayor complejidad defensiva con murallas, torres, bastiones y fortines. Como acabamos de señalar, a diferencia de los poblados con fosos, que se localizan en sitios de fácil acceso y complicada defensa, los asentamientos amurallados se ubican, generalmente, en lugares elevados que presentan una facilidad defensiva, como espolones o cerros, ubicaciones con una gran visibilidad del entorno geográfico. Otras veces, en cambio, los hallaremos junto a ramblas, buscando lugares propicios para el desarrollo de actividades agropecuarias.

Para analizar estos poblados, vamos a tomar como referencia los asentamientos ubicados en dos zonas concretas dentro de la Península Ibérica: por un lado el ya mencionado foco Almeriense-Granadino, donde, por encima de todos, destaca el yacimiento de *Los Millares*; y por otro lado, la zona correspondiente a la desembocadura del río Tajo, con los asentamientos de *Vila Nova de Sao Pedro* (desde ahora VNSP) y *Zambujal*. Estas dos zonas nucleares han sido concebidas como centros clave en el surgimiento de las *sociedades complejas* a finales del III milenio A.N.E.

En el foco Almeriense-Granadino se hallan los núcleos poblacionales fortificados de mayor envergadura, con importantes centros funerarios que nos hablan de una jerarquización social y explotaciones mineras que han podido propiciar la puesta en marcha de la actividad metalúrgica del cobre. Es en este foco suroriental donde se localiza la cultura de Los Millares, con una cronología que abarca del 3400 al 2250 cal A.N.E (Castro, Lull y Micó 1996: 76-82). Esta cultura se define a partir del yacimiento

epónimo de Los Millares (Fig. 1), localizado en Santa Fe de Mondújar (Almería), que es un poblado fortificado situado sobre un espolón amesetado en la confluencia de los ríos Huéchar y Andarax. Lo más llamativo de este asentamiento – y de los poblados fortificados en general – es su complejo y espectacular sistema defensivo, con once magníficos fortines, distribuidos de manera estratégica por todo el territorio, y cuatro líneas de murallas jalonadas en bastiones y torres.

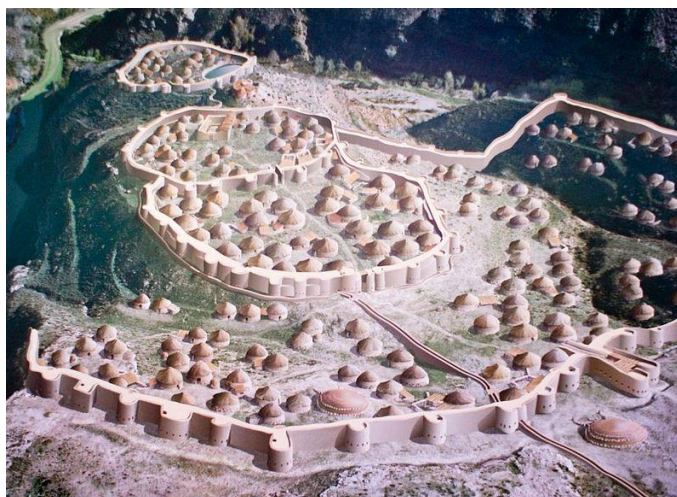


Fig. 1. Recreación del asentamiento de Los Millares por Miguel Salvatierra Cuenca. Imagen tomada del sitio Lugares con Historia: <http://lugaresconhistoria.com/2012/08/11/los-millares-almeria/> [Fecha de consulta 29 de junio de 2015]

Para hablar de las murallas, vamos a tomar como referencia la más externa de las mismas, la denominada Muralla I (Fig. 2), que con unos 310 metros de longitud se extiende desde el Andarax hasta la rambla del Huéchar, protegiendo de esta manera

todo el asentamiento. Los bastiones se sitúan a intervalos de 11 a 15 metros entre ellos y, en algunos casos, se puede acceder a los mismos a través del parámetro interno de la muralla. El asentamiento también presenta una compleja puerta de acceso, con una estructura de barbacana proyectada 12,5 metros hacia el exterior.

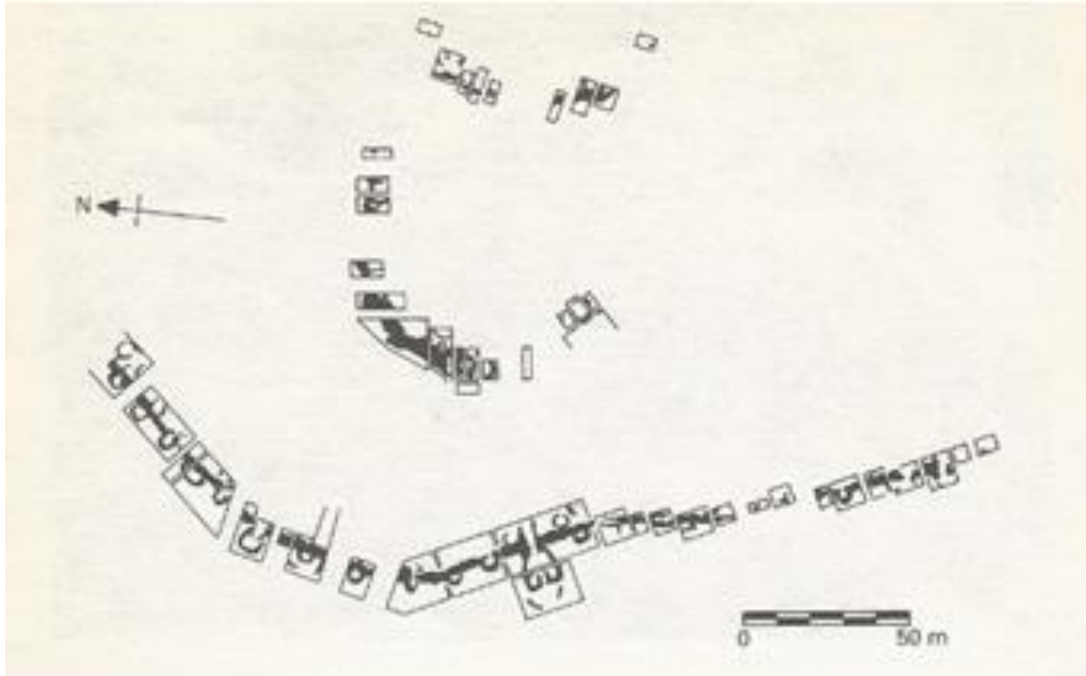


Fig. 2. Muralla I con la entrada de barbacana en el centro. Imagen tomada de Chapman (1991: 118)

Además de las cuatro líneas de murallas, el poblado también cuenta con una serie de espectaculares fortines que lo rodean. Para explicar las características y estructura de estos fortines tomaremos como ejemplo el denominado Fortín I (Fig. 3), desde el que se dominaba todo el asentamiento y el territorio circundante. En el interior de este fortín se ha hallado una torre rectangular de 6 x 4,7 metros que estaría rodeada por dos murallas concéntricas. La más interna de estas murallas tendría un diámetro de unos 14 metros e incluiría 5 bastiones, mientras que la exterior se construiría a 8 metros de la interna, y se vería reforzada con 6 bastiones más.

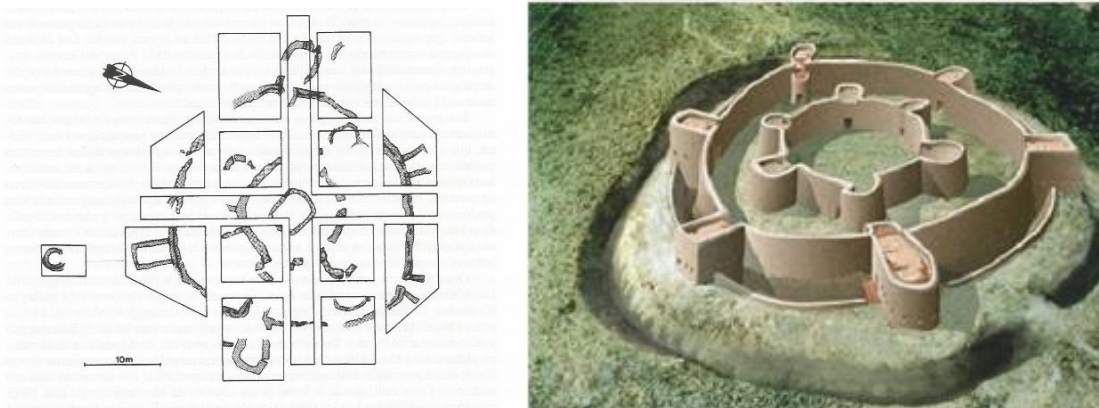


Fig. 3. Izquierda: Fortín I de Los Millares según Arribas. Imagen tomada de Eiroa (2009: 417) // Derecha: Recreación del Fortín I de Los Millares. Infografía: A. Luque. Imagen tomada de Molina González, F. y J.A. Cámara Serrano (2010: 62)

Anexa al poblado también encontramos una enorme necrópolis compuesta por hasta 80 sepulturas de carácter colectivo y grandes dimensiones. Las tumbas dentro de este gran cementerio son muy variadas: tipo *tholoi*, cuevas y sepulcros de corredor, con ricos ajuares funerarios. La presencia entre estos ajuares de objetos de prestigio, como cerámica campaniforme, sugiere una incipiente jerarquización social. Cuando la cultura de Los Millares desaparezca, estas tumbas colectivas irán disminuyendo su número, y en su lugar irán apareciendo sepulturas individuales, lo que también se puede interpretar como un paso más en el proceso de heterogeneidad y jerarquización dentro de la sociedad calcolítica, es decir, las comunidades abandonarían los enterramientos colectivos al mismo tiempo que la aparente homogeneidad social.

En base al tamaño del poblado y al número de personas necesarias para ocupar todas las fortificaciones, se ha calculado que el asentamiento pudo albergar 1000-1500 personas. Tras su momento de apogeo, hacia el año 2700 cal A.N.E., el poblado iniciará lentamente su declive, que culminará con la desaparición de la cultura de Los Millares hacia el año 2250 cal A.N.E. En los momentos finales, el área de poblamiento se verá reducida a la ciudadela interna, las líneas de murallas I y II se irán deteriorando y la mayoría de fortines existentes en el poblado se abandonarán. Este es el momento en el que definitivamente la cultura de Los Millares desaparece, surgiendo en su lugar la denominada cultura del El Argar. Se ha planteado la hipótesis de que este fin de los Millares se debiera a un desequilibrio entre un aumento de la población y una escasez de alimentos (Eiroa, 2009: 418). Según esta teoría, de marcado carácter maltusiano, la excesiva concentración de población en un espacio reducido y con limitadas posibilidades agrícolas llevó a la desaparición de la cultura.

Por último, para acabar con la explicación de los asentamientos fortificados de esta parte de la Península Ibérica, cabría hacer una pequeña referencia a otros poblados de la zona que también formarían parte de la Cultura de Los Millares. Según Eiroa (2009), los dos yacimientos más importantes serían:

- *El Malagón* (Granada): que presenta una única línea de muralla y un fortín, y parece haber sido un asentamiento con “una marcada vocación minera, a juzgar por los afloramientos de malaquita localizados en la base del cerro, donde se asienta el poblado, y por las huellas de reducción de mineral y fundición del cobre registradas en el propio hábitat” (Eiroa, 2009: 418).
- *El Cerro de la Virgen de Orce* (Granada): que destaca por la presencia de un canal de 2 metros de ancho y 2 m. de profundidad. Según Schüle (citado en Eiroa, 2009: 419), este canal podría haber funcionado como una especie de “acequia” para el regadío, aunque a día de hoy, se interpreta más bien como un canal de desagüe. (Eiroa, 2009: 419)

La otra gran zona de la Península Ibérica con asentamientos fortificados se corresponde con la desembocadura del río Tajo en Portugal (Fig. 4.). En esta parte de la Península los poblados también estarán localizados en lugares elevados, complementando su capacidad de defensa natural con la construcción de complejos sistemas defensivos basados en murallas y torres.

Estos asentamientos del sur de Portugal aparecerán cerca de explotaciones cupríferas o en suelos fértiles, para poder llevar a cabo una explotación agrícola. Ya hemos señalado más arriba que los asentamientos calcolíticos, tanto los fortificados como los que presentan recintos de fosos, no se establecen en una determinada zona de manera aleatoria, sino que su localización responde siempre a unos determinados intereses económicos.

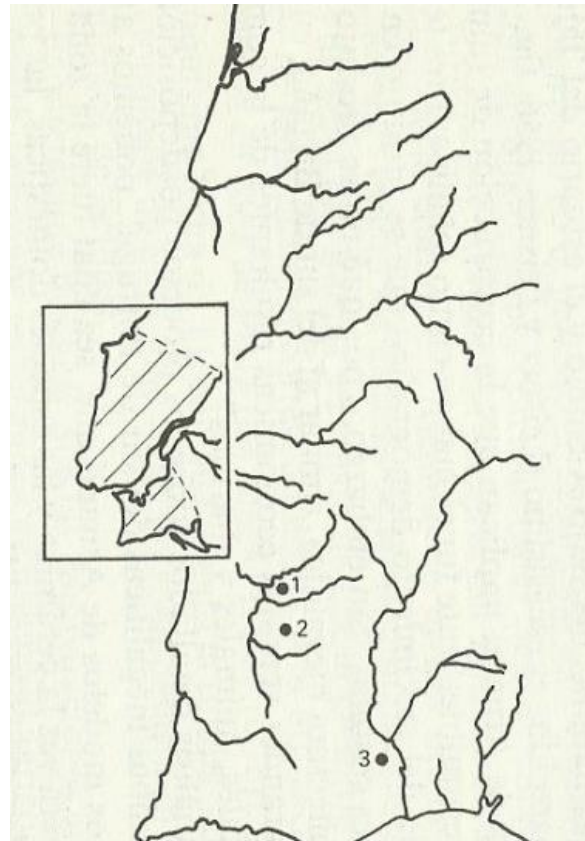


Fig. 4. Cultura de VNSP/Tajo (sombreada) y poblados fortificados del Alentejo y el Algarve. 1. Monte da Tumba; 2. Ferreira do Alentejo; y 3. Castelo de Santa Justa. Imagen tomada de Chapman, 1991: 309.

Dentro de esta zona nos vamos a centrar en dos asentamientos: *VNSP* y *Zambujal*, correspondientes a la epónima cultura “de Vila Nova de Sao Pedro”. Aunque esta cultura se desarrolla de manera simultánea a la de Los Millares en Almería, con una cronología de 3000-2400/2300 cal A.N.E. (Gráfico 3) (Castro, Lull y Micó; 1996: 83), su extensión equivale tan solo a un 25% de la extensión total que llegó a alcanzar la cultura almeriense.

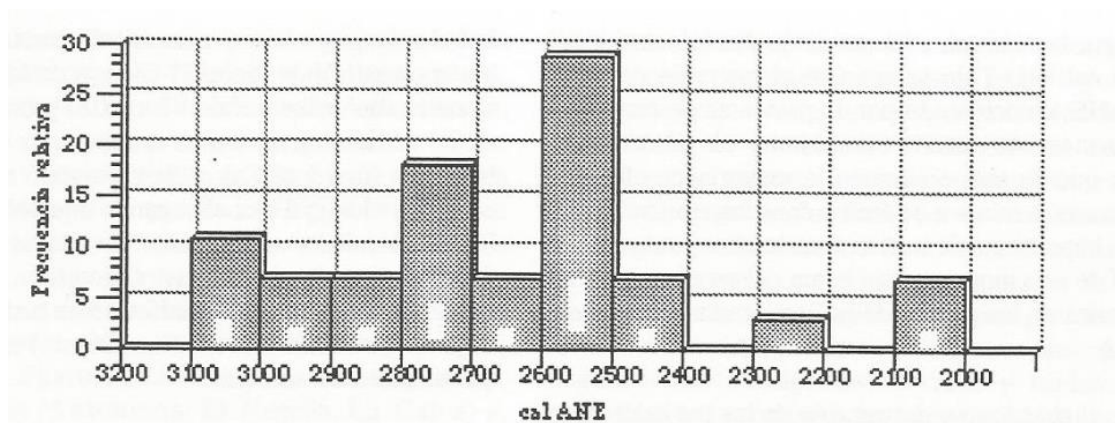


Gráfico 3. Distribución de frecuencias relativas de las dataciones radiocarbónicas válidas procedentes de contextos de la cultura de Vila Nova de Sao Pedro. Imagen tomada de Castro, Lull y Micó (1996: 83)

Tanto VNSP, como Zambujal, son poblados muy fortificados estrechamente relacionados con la actividad metalúrgica. En el caso de Zambujal (Fig. 5), las manifestaciones sobre la producción de objetos de cobre se han documentado en dos viviendas que se localizan en el mismo centro del poblado, lo que ha llevado a algunos autores, como Michael Kunst (1987: 596-597), a afirmar que los productores metalúrgicos gozaban de un papel predominante dentro de la sociedad.



Fig. 5. Vista aérea del poblado calcolítico de Zambujal. Imagen tomada del sitio “300 días no oeste”: <http://300diasnooeste.tumblr.com/post/112210387598/castro-do-zambujal-ponto-09-do-mapa-localizado-a> [Fecha de consulta: 10 de julio de 2015]

Lo más interesante de este yacimiento de Zambujal, al igual que vimos en Los Millares, es su complejo sistema defensivo, con unos muros que en algunos puntos pueden llegar a alcanzar hasta los 8 metros de espesor. Además, al igual que el yacimiento almeriense, cuenta con una puerta de acceso con estructura de barbacana, lo que denota un importante nivel técnico.

Desde el punto de vista funerario, en estos asentamientos portugueses predomina un ritual colectivo, dividiéndose las sepulturas entre *tholoi*, tumbas megalíticas y cuevas artificiales. La complejidad de algunas sepulturas, así como la presencia en su interior de ítems que podrían considerarse de prestigio, como cerámica campaniforme, llevan a pensar en una incipiente jerarquización social.

Por último, para acabar con esta explicación de los asentamientos fortificados hay que señalar que, si bien el foco Almeriense-Granadino y el Tajo Inferior son las principales

zonas donde existen este tipo de poblados, también hallaremos asentamientos similares en otras partes de la Península Ibérica, como en Algarve o Alentejo (Portugal), destacando como asentamientos principales *Monte Da Tumba*, *Ferreira do Alentejo* y *Castelo de Santa Justa*. Entre esos tres poblados, cabría hacer una mención especial a *Monte da Tumba*, localizado en el distrito de Setúbal, con una extensión similar a la de Zambujal y VNSP. Se trataría de otro poblado fortificado, con murallas guarnecidas por bastiones y torres circulares. En lo que se refiere a su cronología, este asentamiento perduraría a lo largo de todo el Calcolítico, aunque su origen parece encontrarse en el Neolítico Final.

Según Carlos Tavares da Silva (1987: 92), estos poblados situados al Sur del río Tajo pertenecerían a un amplio y complejo horizonte cultural, diferente de VNSP y Los Millares, que abarcaría toda la zona meridional de la Península, se desarrollaría a lo largo de todo el Calcolítico y tendría una serie de características propias, como abundantes tazas de borde almadrado y una escasez de cerámica decorada. Tavares da Silva denomina a este horizonte “Grupo Calcolítico del Sudoeste”.

Como conclusión, podemos decir que los asentamientos amurallados denotan un marcado carácter guerrero o bélico de las sociedades que los habitaron. La complejidad defensiva de estos poblados difícilmente puede ser interpretada de otra manera. De todos estos asentamientos fortificados el más importante sería el de Los Millares, que destaca no sólo por sus estructuras defensivas, sino también por su ubicación, ya que lo encontramos sobre un espolón amesetado con ríos a ambos lados. Si a esta ubicación sumamos cuatro líneas de murallas, torres, bastiones, complejas puertas de acceso y once fortines, que a su vez estarían rodeados por dos murallas cada uno, es imposible pensar que estas sociedades no tuvieran un carácter guerrero.

También llama la atención el elevado número de personas que debían habitar en el interior de estos espacios delimitados por murallas. En este sentido, hemos visto como el yacimiento de Los Millares llegó a estar ocupado por más mil personas. Esto nos habla de una intensificación agropecuaria sin precedentes, donde el uso del arado debió ocupar una posición fundamental. No obstante, también llama la atención el hecho de que se dé un aumento agrícola en un ámbito tan árido como es el sureste peninsular. Esto ha servido a algunos autores como argumento para defender la existencia de sistemas de regadío. Sin embargo, a día de hoy, no se han encontrado evidencias arqueológicas de tales sistemas. Además, los estudios antracológicos y palinológicos realizados en esta zona han puesto de manifiesto que el clima de aquella época no era tan agresivo como el actual, lo que habría permitido llevar a cabo una agricultura de secano. (Lull, 1983: 8-9, 33-38, 46-48, 295; Ramos Millán, 1981: 244; Rodríguez Ariza, 2000: 145, 150)

Por último, es interesante el hallazgo de cerámica campaniforme en los ajuares funerarios de las necrópolis de estos poblados amurallados. Los vasos campaniformes han sido interpretados por la investigación tradicional como objetos de prestigio. En consecuencia, su hallazgo en tumbas cada vez más individualizadas ha llevado a pensar

en una incipiente jerarquización social dentro de estos poblados fortificados. En la misma línea se traduce esa tendencia a abandonar las tumbas colectivas por sepulturas individuales. El ritual funerario colectivo denotaba un carácter homogéneo y comunitario de la sociedad, y su sustitución por tumbas individuales ha sido interpretada como un paso más en el proceso de heterogeneidad social. Todo ello nos habla de unas sociedades cada vez más complejas.

5. ASENTAMIENTOS CON RECINTOS DE FOSOS

Márquez Romero y Jiménez Jáimez definen los asentamientos con fosos como “grandes superficies plagadas de hoyos o fosas circulares, excavadas en el suelo y rellenas de sedimentos y materiales arqueológicos, asociadas a zanjas o fosos, igualmente excavados en la roca madre y colmatados con incontables restos artefactuales y orgánicos” (Fig. 6) (Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2010: 5).



Fig. 6. Hoyos y fosas (manchas oscuras circulares); fosos y zanjas (manchas oscuras alargadas). Marroquíes Bajos (Jaén). Imagen tomada de Hornos, Zafra y Castro (1998: 85).

Estos yacimientos no suelen presentar estructuras superficiales de envergadura, sino que todo rastro de vida pasada se encuentra relleno de los fosos y hoyos, que estarán excavados casi siempre en margas terciarias, si bien ocasionalmente también encontraremos asentamientos de este tipo emplazados sobre otras rocas. En cuanto a la tipología de las estructuras en negativos, podemos señalar dos:

- Fosos o zanjas: son estructuras longitudinales excavadas en la tierra con sección en “U” o “V”, y con una anchura y profundidad muy variables (Fig. 7). En este sentido, encontraremos fosos, como el de Valencina de la Concepción, con una profundidad de más de 7 metros, y otros, como el de Peñón Gordo de Benaocaz, que apenas alcanza los 0.8 m (Perdigones y Guerrero, 1987: 32). En lo que se refiere a la anchura, oscilará entre los 2 y los 4 m., aunque también encontraremos fosos excepcionales de 1 metro de ancho y otros que abarcan más de 20 m. En cualquier caso, estas zanjas son muy irregulares; no mantienen una anchura y profundidad determinadas en todo su recorrido, sino que varían a lo largo del trazado, presentando además discontinuidades que

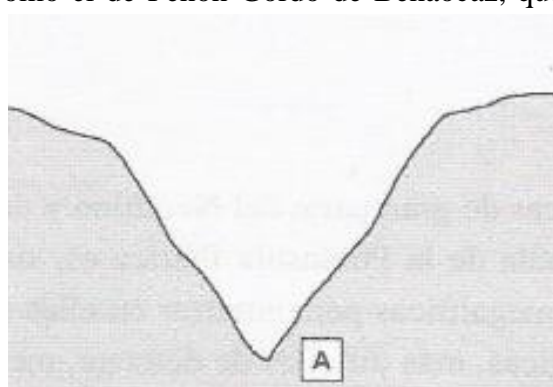


Fig. 7. Foso con sección en “V”. Imagen tomada de Márquez Romero y Jiménez Jáimez (2010: 6)

son interpretadas como puertas, si bien las interrupciones son tantas y las zanjas se muestran tan segmentadas, que apenas se puede decir que lleguen a crear espacios “cerrados”. (Márquez Romero, 2001: 210; Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2010: 6; 2012: 69)

El área interior delimitada por estos fosos oscilará entre menos de 1 hectárea y más de 100 ha., y la localización de las zanjas rodeando asentamientos ha llevado a los investigadores a interpretarlas como estructuras delimitadoras de poblados. En algunas ocasiones, un mismo asentamiento puede estar rodeado por más de una línea de fosos, como sucede en Minilla o Perdigões. Cuando esto ocurre, las líneas suelen ser paralelas y concéntricas, aunque esto no significa que daten de la misma época, pues lo más común es que las nuevas zanjas se construyan una vez que las viejas han sido colmatadas. (Fig. 8). (Márquez Romero, 2001: 210; Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2010: 6; 2012: 69)



Fig. 8. Asentamiento con más de una línea de fosos (marcados en rojo). Imagen tomada del sitio Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla: <http://departamento.us.es/dpreyraq/web> [Fecha de consulta: 16 de julio de 2015]

- Fosas u hoyos: podemos distinguir dos tipos. En primer lugar están los pozos (Fig. 9), también denominados “silos” o “estructuras siliformes”. La planta de estos pozos es circular y su sección abovedada. Su profundidad varía entre 1-2 metros, y su anchura o diámetro suele ser inferior a los 2 m., de manera que habitúan ser más profundos que anchos.

El segundo tipo de fosas son las cubetas, también denominadas “fondos de cabaña”, que son muy similares a los pozos, salvo en lo que respecta a sus dimensiones. En este sentido, las cubetas tendrán un diámetro más ancho que el de los silos, pudiendo

alcanzar los 3 metros, y su sección será ligeramente menos abovedada que la de éstos. Por lo tanto, las cubetas, a diferencia de los pozos, serán más anchas que profundas.

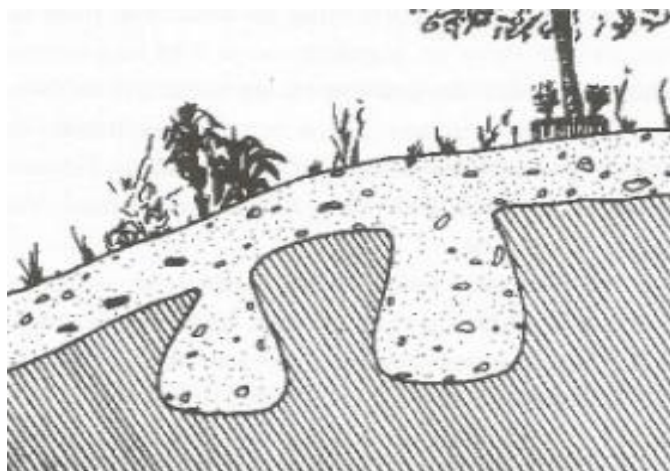


Fig. 9. Estructuras siliformes (pozos). Imagen tomada de Márquez Romero y Jiménez Jáimez (2010: 7).

Así pues, como característica principal de estos asentamientos podemos señalar esa falta de estructuras superficiales y la proliferación de estructuras subterráneas. Sin embargo, también encontramos un segundo rasgo o elemento definitorio, y es ese relleno de las cavidades con depósitos arqueológicos, tanto orgánicos como culturales: restos humanos, restos animales, restos de cerámica... Estas estructuras subterráneas se verían colmatadas en un momento en el que el asentamiento ya ha sido abandonado. La deposición de materiales en el interior de las zanjas y los hoyos acabaría por provocar la desaparición de estas estructuras del paisaje, al menos de forma parcial. (Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2012: 70).

En cuanto a su cronología, los asentamientos con fosos más antiguos de la Península Ibérica datan del 4000-3500 cal ANE, remontándose así al Neolítico Final, mientras que los más recientes se calcula que se colmataron hacia el 2500-2200 cal ANE. Por tanto, este tipo de asentamientos sería anterior a la cerámica campaniforme, y decaería de manera paralela al megalitismo peninsular.

En lo que se refiere a su interpretación estos asentamientos han sido abordados desde un punto de vista local, comarcal, regional y hasta continental, como veremos en el último punto del presente escrito. Sin embargo, a día de hoy se sigue sin alcanzar un mínimo consenso respecto a ellos, surgiendo muchas y diversas interpretaciones.

Los primeros asentamientos con fosos de la Península Ibérica fueron descubiertos en la década de los años setenta del siglo pasado, a raíz del *boom* turístico que experimentó el sur peninsular. El aumento del turismo aceleró el desarrollo de las infraestructuras urbanísticas y viarias, y como consecuencia del movimiento de tierras se descubrieron estos poblados, hallándose de forma simultánea yacimientos tan importantes como Valencina de la Concepción, Papa Uvas o La Pijotilla.

Sin embargo, éste no sería el primer contacto de los investigadores con estructuras de carácter subterráneo. Se puede decir que los yacimientos con fosos ya habían sido “imaginados” antes de ser descubiertos, y es que a finales del siglo XIX los investigadores tuvieron que enfrentarse con un fenómeno similar, el de los “campos de hoyos”, que son extensiones de terreno en los que aparecen excavadas una serie de fosas (Fig. 10). Por tanto, si bien los yacimientos con fosos no fueron descubiertos como tal hasta la década de los años setenta, éstos ya habían sido concebidos previamente de una manera indirecta a través del estudio de los campos de hoyos, que serían similares a esos yacimientos, pero sin los fosos.



Fig. 10. Ejemplo de Campo de hoyos. Imagen tomada de Márquez Romero y Jiménez Jáimez (2010: 18)

5.1. Los campos de hoyos

La primera evidencia de estos campos de hoyos vino de la mano del arqueólogo portugués Estácio da Veiga, en el año 1886, cuando el autor dio a conocer una docena de fosas rellenas con depósitos arqueológicos, halladas en la localidad de Aljezur (Portugal). En un primer momento, estas fosas fueron interpretadas como almacenes de época musulmana, sin embargo, la falta de evidencias arqueológicas que lo corroborara llevó a Estácio da Veiga a considerarlas *habitaciones subterráneas prehistóricas*. (Estácio da Veiga citado en Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2010: 19).

En el año 1893 se descubrió en Almería un nuevo campo de hoyos, el de Los Pozos de El Garcel. Luis Siret (citado en Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2010: 19) interpretó este yacimiento como un poblado neolítico formado por pequeñas cabañas toscas, que habrían sido utilizadas como almacenes subterráneos. Dado que las fosas de

este yacimiento estaban colmatadas con restos arqueológicos, Siret buscó dar una explicación a cómo se habrían formado tales registros. Así, según el autor belga, tras el abandono del asentamiento, éste quedó desmantelado por la erosión, de manera que todos los vestigios antrópicos habrían ido a parar al interior de los hoyos como consecuencia de los procesos naturales de arrastre y sedimentación. La aparición de restos humanos en el interior de las fosas se habría producido, según el autor, como fruto de la casualidad. Así pues, de acuerdo con Siret, los campos de hoyos se corresponderían con poblados agrícolas de escasa entidad que habrían resuelto el problema del almacenamiento de la producción recurriendo a la excavación de silos bajo las cabañas o en las proximidades del asentamiento.

Las hipótesis de Siret serían matizadas y completadas por George Edward Bonsor (citado en Márquez Romero y Jiménez Jáimez 2010: 20), en el año 1899, a partir de los yacimientos de El Acebuchal y Campo Real en Carmona (Sevilla). Bonsor parte de la misma idea que Siret, en el sentido de que estos campos de hoyos se corresponderían con asentamientos, pero en su opinión las fosas pudieron haber sido utilizadas como basureros o como tumbas. A diferencia de Siret, no consideraba que los restos humanos y animales descubiertos en el interior de las fosas hubieran llegado allí de manera aleatoria, sino que en su opinión fueron depositados dentro de manera intencionada.

Así pues, vemos como desde finales del siglo XIX ya empiezan a existir diferentes interpretaciones sobre la funcionalidad de las estructuras subterráneas. Sin embargo, con el inicio del siglo XX, al no haber nuevos descubrimientos, los campos de hoyos pasarán inevitablemente a un segundo plano, y esto seguirá así hasta finales de los años sesenta.

En el año 1968, en el Vº Simposio Internacional de Prehistoria Peninsular, Collantes de Terán (1969: 61) dijo que el fenómeno de las fosas, que él consideraba “silos”, se extendía por toda la cuenca del Guadalquivir (Fig. 11), lo que llevó al autor a interpretarlas como producto de una auténtica cultura a la que denominó “Cultura de los Silos”, cuyos asentamientos quedarían emplazados en zonas con buenas tierras para la agricultura, principal actividad económica llevada a cabo por sus pobladores, cuya producción se almacenaría en esos silos abovedados. (Carrilero, Martínez y Martínez, 1982: 204).

En el año 1980, Juan de Mata Carriazo va más allá con respecto al almacenamiento de la producción agrícola en el interior de los hoyos, y a partir del yacimiento de Puebla del Río, que según el autor podría tener hasta 500 silos, determinó que las fosas podían haber sido utilizadas para almacenar el excedente agrícola, generado como consecuencia de las nuevas formas de explotación neolíticas, ya que el número de silos de este yacimiento era demasiado elevado como para responder únicamente a las necesidades alimenticias inmediatas de los habitantes del lugar. (Carriazo, 1980: 162)

Por otro lado, la reiterada exhumación de restos humanos al excavar los hoyos parecía reforzar la teoría formulada por Bonsor de que los silos podían haber sido utilizados como tumbas u osarios. En este sentido, la dicotomía de enterramientos existente, entre

sepulturas en hoyos y sepulturas megalíticas, llevó a pensar en la coexistencia en el sur peninsular de dos culturas diferentes: la Cultura de los Silos y la Cultura Megalítica.

En resumen, la existencia en toda la Baja Andalucía de numerosos campos de hoyos ha llevado a los investigadores a interpretarlos como producto de una auténtica cultura a la que denominarían Cultura de los Silos. Los hoyos se corresponderían con estructuras de almacenaje pertenecientes a pequeños poblados al aire libre, cuyas construcciones serían de material perecedero y de los que no existen restos constructivos, de manera que solamente se ha podido constatar su existencia a través de las fosas y sus rellenos (Carrilero, Martínez y Martínez; 1982: 203-205). Con respecto al almacenamiento de productos agrícolas en los silos, se ha planteado la posibilidad de que en dichos “almacenes” se guardara el excedente agrícola generado como consecuencia de las nuevas formas de explotación neolíticas, mientras que los silos antiguos serían reutilizados como tumbas, o como vertederos para los desechos antrópicos.

En la actualidad, no obstante, los investigadores tienden a rechazar la existencia de una “Cultura de los Silos”. En su momento, esta hipótesis pudo tener sentido porque se carecía de la información necesaria. Sin embargo, a día de hoy, los nuevos descubrimientos han puesto de relieve que los silos son una constante en toda la Península Ibérica a lo largo del Neolítico, Calcolítico y Edad del Bronce, rechazándose la idea de que tales estructuras subterráneas pertenecieran a una determinada cultura, por el dilatado espacio-tiempo ocupado.

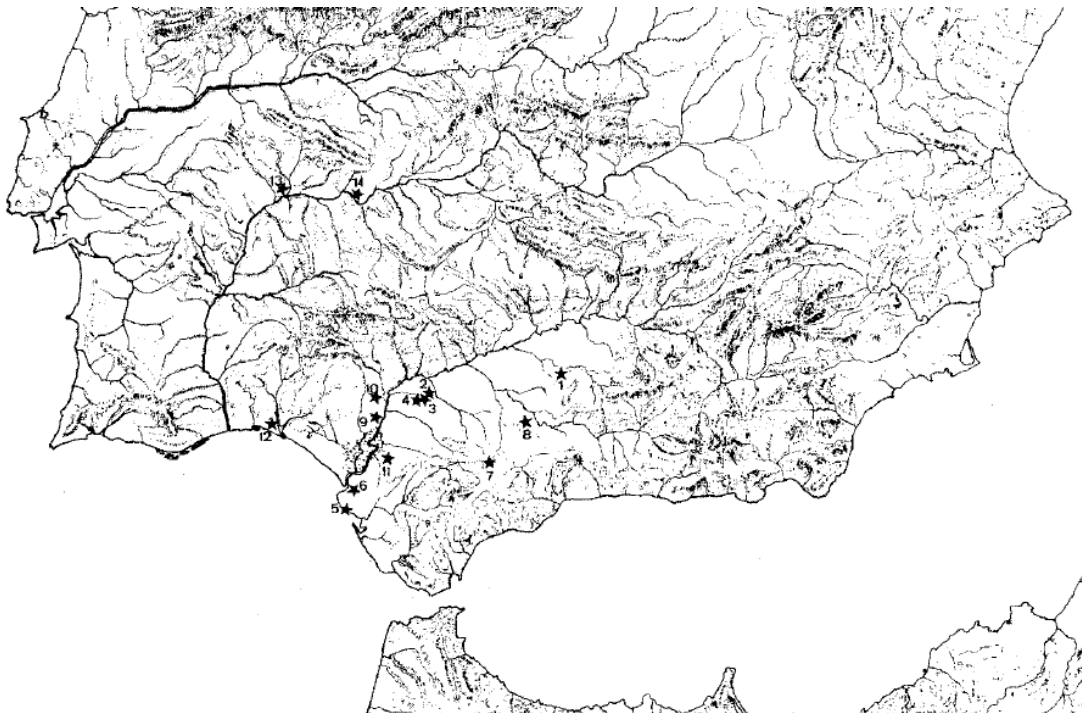


Fig. 11. Localización de los yacimientos pertenecientes a la Cultura de los Silos 1, Morales; 2, Campo Real; 3, El Acebuchal; 4, Vereda de Alconchel; 5, Base de Rota; 6, Loma del Agostado; 7, El Gastor; 8, Gilena; 9, Puebla del Río; 10, Valencina de la Concepción; 11, Cerro de San Benito; 12, Papa Uvas; 13, El Lobo; 14, Araya. Imagen tomada de Carrilero, Martínez y Martínez (1982: 203).

5.2. Los asentamientos con fosos.

A mediados de los años ochenta comenzaron a publicarse las primeras memorias de excavación de yacimientos como Valencina de la Concepción, Papa Uvas o La Pijotilla, que habían sido descubiertos casi una década antes. En un primer momento, estos yacimientos fueron relacionados con los “campos de hoyos”, ya que presentaban fosas colmatadas con depósitos arqueológicos iguales a las que podíamos encontrar en dichos campos. Sin embargo, estos nuevos yacimientos presentaban una novedad, y es que junto a los silos se habían detectado otras estructuras subterráneas, longitudinales, que compartían el mismo espacio: los fosos (Fig. 12). Estas nuevas estructuras en negativo presentaban una sección en “U” o “V”, estaban excavadas en la roca madre y, al igual que las fosas, estaban colmatadas con materiales arqueológicos, incluidos restos humanos. A partir del descubrimiento de este nuevo tipo de yacimientos, los campos de hoyos pasaron inevitablemente a un segundo plano, y los asentamientos con recintos de fosos adquirieron todo el protagonismo.



Fig. 12. Ejemplo de foso. Imagen tomada de Vargas Jiménez (2004: 41)

Valencina de la Concepción fue el primer yacimiento en aportar noticias sobre poblados con fosos en la Península Ibérica y, junto a La Pijotilla, estableció la adscripción de estos asentamientos al Calcolítico. Sin embargo, el yacimiento de Papa Uvas proporcionaría una secuencia estratigráfica más antigua, que se remontaría a los momentos finales del Neolítico. Por tanto, si bien los asentamientos con recintos de fosos en la Península Ibérica se desarrollaron a lo largo de la Edad del Cobre, su origen parece estar en el Neolítico Final. (Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2010: 25; 2012: 71).

Por otro lado, las ubicaciones de los yacimientos de Papa Uvas en Huelva, y de La Pijotilla en Badajoz, suponían la difusión de los asentamientos con fosos más allá del Valle del Guadalquivir, que es donde se concentraban los “campos de hoyos”. A nivel

local, a diferencia de los poblados amurallados, que aparecen siempre en lugares elevados que ofrecen una defensa natural, estos yacimientos con fosos se ubican predominantemente en lugares con topografías llanas o deprimidas, como cuencas o laderas bajas, es decir, puntos de fácil acceso con escasa visibilidad del entorno geográfico. Se trataría, por tanto, de lugares difíciles de defender ante hipotéticos ataques. Además, parece haber una predilección por lugares poco visibles, próximos a ríos y humedales, como estuarios o pantanos. (Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2012: 82).

5.2.1. *Función e interpretación de los recintos de fosos*

En lo que se refiere a la funcionalidad de los fosos, se ha planteado la hipótesis de que éstos actuaran como estructuras defensivas, teoría que ha llegado hasta nuestros días en una posición hegemónica, generalizándose la idea de que ya en el IV milenio, en el Sur Peninsular, habrían aparecido los primeros centros fortificados de la Prehistoria regional, que en opinión de algunos autores serían los antecedentes más directos de los recintos amurallados tipo Los Millares. En este sentido, el proceso histórico propuesto por algunos autores es simple: se iniciaría en el IV milenio ANE con los asentamientos con fosos; durante el III milenio ANE estos asentamientos evolucionarían hacia los poblados calcolíticos fortificados con murallas y bastiones, tipo Los Millares; y, por último, en el II milenio ANE, el proceso culminaría con los *hillfort* propios de la cultura de El Argar. De esta manera, los fosos serían concebidos como la primera arquitectura militar del suroeste europeo, y actuarían como el escenario de un proceso histórico marcado por las tensiones sociales, la lucha de clases y la violencia como el único modo de superar los conflictos (Márquez Romero y Jiménez Jáimez: 2010, 2012)

Como argumentos empíricos en apoyo de esta hipótesis defensiva se ha señalado la anchura y profundidad de algunos fosos, la presencia de muros adosados a algunos de ellos y las concentraciones de piedras y adobe halladas en el interior de algunas zanjas, que han sido interpretadas como restos de muros que habrían acabado en el interior de los fosos como consecuencia de un conflicto bélico. (Lizcano et al.; 1991-92: 23; Martín de la Cruz, 1986: 212; 1995: 27; Pellicer, 1986: 246; Hornos, Nocete y Pérez, 1987: 198-201; Lago et al., 1998: 145; Cruz-Auñón y Arteaga, 1999: 605; Ruiz Lara, 1990: 161; Nocete, 2001: 69; Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2012).

Sin embargo, autores como Francis Pryor (1988), Mark Edmonds (1999) o Márquez Romero (2001; con Jiménez Jáimez, 2012), rechazan que los fosos tuvieran un fin defensivo, y subrayan su carácter exclusivamente delimitador, teniendo éstos una función más simbólica que física. En este sentido, a mediados de los años ochenta, Francis Pryor, estudiando el yacimiento de Etton, en Inglaterra, llegó a la conclusión de que los fosos habrían sido ineficaces desde el punto de vista defensivo, y apuntaba su deliberado carácter abierto. En la misma línea, a finales de los años noventa, Mark Edmonds señalaba que la discontinuidad de las zanjas transmitía una idea de

permeabilidad, de “gentes que entran y salen”, alejadas de ese fin disuasorio que se les había atribuido tradicionalmente.

Por otro lado, no es frecuente encontrar elementos constructivos adosados a los fosos que favorezcan la inaccesibilidad al recinto. Así, en el sur peninsular únicamente se conocen dos yacimientos que presenten muros defensivos adosados a las zanjas: el yacimiento de Marroquies Bajos (Zafra, Hornos y Castro, 1999: 89-90), y el de Los Pozos (Jaén) (Hornos, Nocete y Pérez, 1987: 198-201). Por otra parte, sí se han documentado empalizadas adosadas a fosos en algunos asentamientos, pero su vulnerabilidad lleva a pensar que su función no era la defensa del poblado, sino más bien la protección del ganado frente a los animales salvajes. Así pues, estos autores rechazan que los fosos llegaran a tener una finalidad más allá de la simple delimitación de asentamientos.² (Márquez Romero, 2001: 212-213; Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2012: 81)

Aunque la hipótesis de los fosos como estructuras defensivas es la más importante y debatida de las que se han formulado, esto no quiere decir que sea la única propuesta. Estas estructuras también han sido interpretadas como mecanismos de drenaje para evitar inundaciones (Fernández y Oliva 1985: 114; Pellicer, 1986: 246; Alcázar, Martín y Ruiz: 1992: 24; Hornos, Zafra y Castro, 1998: 85), como abrevaderos para el ganado (Fernández y Oliva 1985: 114), como sistemas de canalización de aguas o regadíos (Ruiz Matas, 1983: 185; Perdigones y Guerrero, 1987: 32; Hornos, Zafra y Castro, 1998: 85), como depósitos de agua (Fernández y Oliva 1985: 114), como zanjas para cazar (Martín de la Cruz, 1986: 211), como rediles o refugios para el ganado (Martín de la Cruz, 1986: 211) o como estructuras delimitadoras de poblados que dan cohesión social al grupo, teniendo una función más simbólica que física (Lizcano et al, 1991-92: 22-24).

En conclusión, aunque se han propuesto muchas y diversas teorías con respecto a la utilidad de tales estructuras, lo cierto es que a día de hoy no hay ninguna teoría confirmada. El peso que en un primer momento pudo tener la hipótesis de los fosos como elementos defensivos se ha visto atenuado por las constantes críticas recibidas a nivel europeo y peninsular. En consecuencia, con respecto a la funcionalidad de los fosos, queda un largo camino por recorrer, y aunque hay propuestas innovadoras, ninguna parece consolidarse como alternativa clara a la hipótesis defensiva.

Cuando estos yacimientos con fosos fueron descubiertos, las estructuras en negativo halladas en su interior fueron interpretadas como fondos de cabaña, aquellas que eran más anchas que profundas (Cabrero, 1986: 182; Cruz-Auñón et. al., 1992: 348-349; Cruz-Auñón y Rivero, 1990: 278; Hornos, Nocete y Pérez, 1987: 198, 202; Rivero, Cruz-Auñón y Fernández, 1987; Santana, 1993: 548, 550-551) y como silos o almacenes, el resto (Martín de la Cruz, 1985: 186; Pellicer, 1986: 246; Ruiz Fernández, 1987: 95-99)

² Las críticas a esta tesis belicista y defensiva de los recintos de fosos las abordaremos con mayor profundidad en el último capítulo del trabajo, dedicado a los asentamientos con recintos de fosos en Europa.

En cuanto a la formación de los materiales arqueológicos hallados en el interior de las fosas y las zanjas, se mantuvo inalterable la teoría formulada por Siret, quien defendía que los vestigios del hábitat, ya abandonado, habían acabado en el interior de las estructuras subterráneas como consecuencia de los procesos naturales de erosión y arrastre.

Por su parte, la idea de que los silos antiguos – y los fosos – fueron reutilizados como tumbas y vertederos una vez abandonada su función inicial fue adquiriendo cada vez mayor protagonismo y éxito. Lo que se planteaba era que tras su uso primario, los silos y fosos fueron colmatados con residuos generados en el poblado, depositados en su interior por los habitantes del lugar de manera intencionada por motivos higiénicos. En consecuencia, los investigadores, en un primer momento, no prestaron mucha atención a la información procedente del interior de estas estructuras subterráneas, al considerarlas simples depósitos de desechos. (Márquez Romero, 2001: 212; Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2010: 26-27; Hornos, Nocete y Pérez, 1987: 198-201; Cruz-Auñón y Arteaga, 1999: 603)

Así pues, a lo largo de los años ochenta se fue consolidando la idea de que durante el IV y III milenio ANE, hubo una dualidad de asentamientos en el sur peninsular: por un lado estarían los asentamientos fortificados, que se extenderían por el sureste peninsular, el Bajo Tajo y, en menor medida, por el Medio-Bajo Guadiana y el Alto Guadalquivir; y, por otro lado, estarían los asentamientos con fosos y silos, además de los campos de hoyos, que se ubicarían en los valles del Guadiana y del Guadalquivir. Los poblados con fosos parecen más antiguos que los amurallados, pero durante el III milenio, ambos tipos de asentamientos pudieron haber convivido. (Castro, Lull y Micó, 1996: 85; Pellicer, 1986: 246)

5.3. Los asentamientos con fosos: un análisis marxista.

Con el comienzo de los años noventa irrumpe en escena la denominada arqueología marxista, que defiende que la variabilidad de registros arqueológicos de la Prehistoria Reciente debe ser interpretada en términos sociales, siendo ésta reflejo de una desigualdad socioeconómica que tendría su origen en “las relaciones sociales de producción basadas en la apropiación del excedente del trabajo” (Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2010: 29). Estos planteamientos marxistas verán en los poblados con fosos el marco ideal para plasmar o defender sus ideas, siendo tres los yacimientos importantes para esta corriente: Polideportivo de Martos, Marroquies Bajos y Valencina de la Concepción.

En lo que se refiere al yacimiento de Polideportivo de Martos, los investigadores Lizcano et al. (1991-1992) defienden que se correspondería con un asentamiento permanente, cuyos fosos tendrían una doble finalidad: por un lado, actuarían como sistemas defensivos frente a las amenazas externas; y, por otro lado, como elemento que

da cohesión social al grupo. Por tanto, para estos autores, estas zanjas tendrían una finalidad simbólico-defensiva. (Lizcano et al.; 1991-1992: 23-24, 26)

Por su parte, las fosas halladas en el interior del poblamiento no fueron consideradas silos dedicados al almacenaje, sino lugares de habitación o espacios dedicados a una determinada actividad productiva. En opinión de Cámara y Lizcano (1997: 379-382), como consecuencia de esa actividad productiva desarrollada en el interior de las fosas, se habría generado el registro arqueológico que colmata las mismas, abandonándose la vieja idea de que estas fosas pudieron haber sido reutilizadas como basureros o tumbas. En opinión de estos autores, a partir de esa actividad productiva, se habrían generado unos determinados subproductos que, en poco tiempo, habrían terminado por configurar amplias estratigrafías.

Estos investigadores de Polideportivo de Martos defienden que los grandes asentamientos del IV milenio, como es el caso, surgen como poblados estacionales que se establecen en un determinado lugar con el objetivo de controlar mejor las rutas hacia los pastos, las zonas de caza y las posibles fuentes de materias primas. De esta manera, los asentamientos serían cada vez más estables y permanentes. Esta sedentarización iría además acompañada de nuevas formas de marcar el territorio, como son los fosos. Sin embargo, según estos autores, esa agregación o concentración poblacional estaría también en el origen de la desigualdad social. (Lizcano et al.; 1991-92: 16-18)

Por otro lado, la coexistencia de estos grandes asentamientos, como Polideportivo de Martos, con otras aldeas más pequeñas situadas cerca de cursos fluviales, ha llevado a estos autores a hablar de una jerarquización del poblamiento desde finales del IV milenio ANE. Además, rechazan que semejante proceso pudiera descansar exclusivamente sobre una economía de carácter agrícola. Estos investigadores defienden que la agricultura tendría muy poco peso real, y abogan por una estrategia agropecuaria mixta, en la que la ganadería tendría un peso muy importante. (Cámara y Lizcano, 1997: 383; Lizcano et al., 1991-92: 77, 81-82, 84-88)

El segundo gran yacimiento con fosos importante para la arqueología marxista es el de Marroquíes Bajos (Fig. 13), también localizado en Jaén, y que sería muy importante porque rompe con la dualidad yacimientos con fosos/yacimientos con muros, al hallarse en su interior tanto zanjas – cinco comprobadas, seis posibles – como una muralla defensiva. (Hornos, Zafra y Castro, 1998: 84)

Este asentamiento, fechado en torno al 2500-1500 ANE, ocupa al menos 113 hectáreas, pudiendo alcanzar las 254 ha., y en su interior se habría dado una enorme concentración demográfica, con una población mínima que Chapman ha estimado en 6800 personas. Semejante extensión poblacional ha llevado a algunos autores, como Narciso Zafra o Francisca Hornos, a calificar el asentamiento de “macroaldea”. Por otro lado, a diferencia de Martos, la principal actividad económica llevada a cabo por sus pobladores debió ser la agricultura, en este caso de regadío, que habría dado lugar a una prematura consolidación del modo de vida campesino. (Hornos, Zafra y Castro, 1998: 83-86; Zafra, Hornos y Castro, 1999: 79-81, 88-100).



Fig. 13. Imagen idealizada del asentamiento prehistórico de Marroqués Bajos. Imagen tomada de Hornos (1998: 84)

En lo que se refiere al desarrollo de este asentamiento, la evolución prehistórica del mismo se ha estructurado en cinco fases:

- ZAMB (Zona Arqueológica de Marroqués Bajos) 1 o *colonización*: que se habría dado a comienzos de la Edad del Cobre.
- ZAMB 2 o *concentración poblacional* y origen de la macroaldea: fase que culminaría hacia el 2450 cal ANE.
- ZAMB 3 o *intensificación agraria*: que iría del 2450-2150 cal ANE.
- ZAMB 4 o *campesinización*: 2125-1975 cal ANE.
- ZAMB 5 o *dispersión*: que se daría a partir del 1975 cal ANE. (Zafra, Hornos y Castro, 1999: 88).

Por último, tendremos el yacimiento de Valencina de la Concepción, que según Arteaga y Cruz-Auñón (1999a, 1999b), llegó a ocupar varios centenares de hectáreas y estaba dividido en tres partes (Fig. 14):

1. El poblado propiamente dicho, donde se realizaban las actividades domésticas y artesanales. Este área ejercería como centro del poder, controlando la economía, la política y la sociedad de un amplio territorio que estaría explotado por pequeños poblados y aldeas sometidos a la tributación de fuerza de trabajo y excedentes agropecuarios con respecto a ese centro del poder.
2. Un área intermedia dedicada a la acumulación y a la administración, donde se encontraban el ganado y los campos de silos con el excedente agropecuario.
3. El área funeraria. (Arteaga y Cruz-Auñón, 1999a: 598).

Lo más importante en la valoración marxista de este yacimiento es la enorme cantidad de silos hallados en ese área intermedia, que serán contemplados como una evidencia de la existencia de áreas dedicadas a la acumulación de excedentes. Además, la capacidad de almacenaje de este elevado número de silos supondría la puesta en cultivo de grandes

extensiones de tierra, con una cantidad de provisiones anuales que difícilmente podrían proceder únicamente del cultivo de las tierras del propio asentamiento, lo que lleva a pensar que también se habrían puesto en cultivo las tierras vecinas. Esto supondría unas expectativas de producción, administración, circulación, distribución, cambio y consumo, insospechables hasta el momento. Toda esta enorme producción, así como la fuerza de trabajo necesaria para cosechar y transportar la ingente cantidad de excedentes, sólo habría sido factible dentro de un sistema productivo tributario que se habría originado en el Calcolítico y que desde Valencina dominaría un amplio territorio del Bajo Guadalquivir, llegando el asentamiento a convertirse en el más importante centro de poder conocido del ámbito atlántico-mediterráneo de la Baja Andalucía (Arteaga y Cruz-Auñón, 1999b: 611-613).

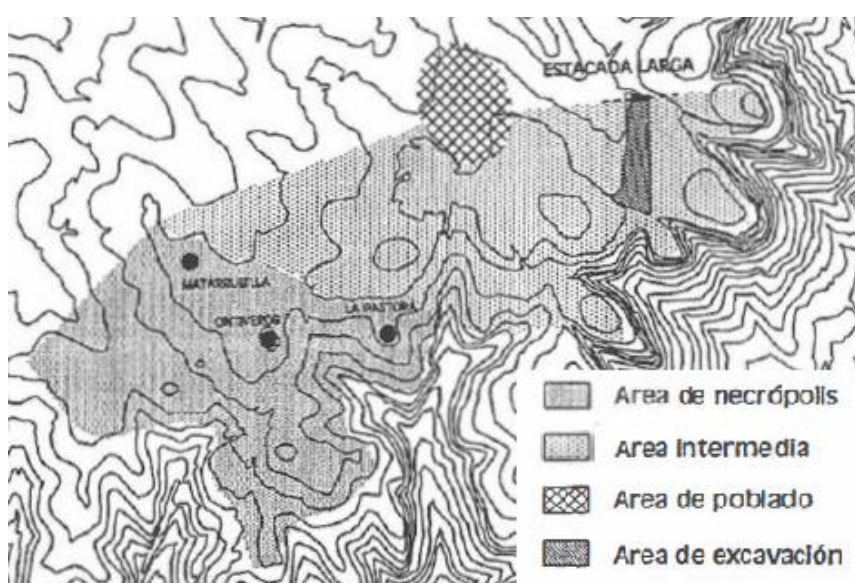


Fig. 14. Plano del yacimiento de Valencina de la Concepción (Excavación de Urgencia de la Estacada Larga). Imagen tomada del Anuario Arqueológico de Andalucía 1995, Vol. 3, p. 601.

A partir del análisis de estos tres yacimientos, los arqueólogos marxistas han llegado a una serie de conclusiones generales sobre los poblados con fosos:

1. Todos defienden que los yacimientos con fosos representan procesos tempranos de concentración demográfica.
2. No se van a cuestionar las teorías clásicas sobre la funcionalidad de las fosas o la formación de los registros arqueológicos, que solamente será revisada en el yacimiento de Martos.
3. Se generalizará la idea de que los fosos eran sistemas defensivos.
4. Habrá un intento por integrar los poblados con fosos en la dinámica territorial de su entorno.

Además, se rechazará la vieja idea de que la deposición de cadáveres en el interior de las estructuras subterráneas caracterizaba a grupos culturales diferentes de los de la Cultura Megalítica (véase página 27). Frente a esta idea, se defenderá que unos y otros

pertenecían a la misma entidad cultural, es decir, que los inhumados en estructuras tipo *tholoi* y los depositados en zanjas o silos pertenecían a la misma comunidad. El hecho de que fueran enterrados en un sitio u otro será interpretado por los arqueólogos marxistas como una evidencia de la existencia de una diferenciación social. En este sentido, los miembros pertenecientes a las *clases bajas* serían arrojados al interior de las estructuras subterráneas sin ningún tipo de cuidado, mientras que los *privilegiados* disfrutarían de rituales funerarios en monumentos megalíticos (Arteaga y Cruz-Auñón, 1999b: 613-614; García Sanz y Fernández Jurado, 1999: 115-118; Nocete, 2001: 99).

5.4. Los asentamientos con fosos y las sociedades que los poblaron: hipótesis recientes acerca de su desarrollo histórico.

Muchos de estos argumentos marxistas formulados en los años noventa siguen en pleno vigor a día de hoy. Sin embargo, con el inicio del nuevo milenio, su “supremacía” se ha visto atenuada por la aparición de nuevos modelos interpretativos acerca del desarrollo histórico de los asentamientos con fosos y las sociedades que los habitaron. En este sentido, una propuesta interesante es la formulada por García y Hurtado (1997), quienes subrayan la aparición de una *Sociedad Jerarquizada Comunalista* en el sudoeste peninsular, entre el 3200 y 2100 ANE.

Estas comunidades, según García y Hurtado, pondrían en marcha una intensificación agraria que se llevaría a cabo mediante dos estrategias: por un lado, colonizando y explotando tierras de baja productividad; y, por otro lado, implantando unos determinados mecanismos de almacenaje y protección de los productos agrícolas. Tenemos que contar además con el contexto del III milenio, en el que Europa se adentra en la denominada *revolución de los productos secundarios* de Andrew Sherratt, con la incorporación del arado y de la rueda como medios de producción, del caballo como medio de transporte y comunicación, la intensificación de productos secundarios pecuarios, el inicio del cultivo de la vid y el olivo, y la utilización de sistemas de irrigación. (García y Hurtado, 1997: 146)

El modelo organizativo de esta Sociedad Jerarquizada Comunalista sería el de una comunidad central superior, en la que se producirían los bienes no subsistenciales, que estaría rodeada por otras comunidades más pequeñas de rango inferior, que ocuparían los terrenos de productividad. Entre esa comunidad central y las comunidades menores se establecerían unos determinados vínculos económicos, políticos e ideológicos. (García y Hurtado, 1997: 146)

En lo que se refiere a las relaciones sociales, estas comunidades asumirían un esquema basado en el parentesco y de base comunalista, en el que la producción circularía mediante mecanismos de redistribución, sin que exista una apropiación diferencial por parte de un segmento de la comunidad. Desde el punto de vista arqueológico, esto quedaría patente en el predominio de enterramientos colectivos en los que quedan reflejados unidades de parentesco, en la ausencia de diferencias individuales

significativas en los ajuares funerarios, en la escasez en dichos ajuares de armas u otros elementos que indiquen una coerción directa, en la existencia de espacios colectivos únicos de almacenaje agrícola, y en la inexistencia de diferencias significativas entre los distintos espacios de habitación dentro del asentamiento. El liderazgo dentro de un poblado de esta naturaleza podría derivar de la organización de la defensa de la comunidad o de la jerarquización en las funciones de reparto de los medios de producción y del producto. (García y Hurtado, 1997: 147)

En el Suroeste Peninsular habría tres grandes yacimientos con fosos que actuarían como centros territoriales de esta Sociedad Jerarquizada Comunalista: La Pijotilla, Valencina de la Concepción y Porto Torrañ. Estos poblados tendrían una extensión de 50 a 100 hectáreas, con una población de 500 a 1000 habitantes. En ellos, la intensificación agraria antes mencionada quedaría documentada en base al gran número de silos dedicados al almacenamiento de cereales, así como por el hallazgo de una gran cantidad de herramientas utilizadas en actividades agrícolas. (García y Hurtado, 1997: 141-142)

El territorio con este tipo de sociedad que mejor conocemos es el sur de Extremadura, que tendría en el asentamiento de La Pijotilla su centro focal. Este poblado desempeñaría una función redistribuidora y simbólica en todo el territorio, y estaría rodeado por toda una serie de asentamientos fortificados, ubicados en zonas más elevadas, que actuarían como un cinturón defensivo de toda la zona. Dentro del área protegida se distribuirían una serie de pequeños poblados sin fortificar. De esta manera, “el territorio resultante funcionaba como un espacio cohesionado y sustentado por una matriz social comunal y solidaria.” (Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2010: 33).

Un segundo modelo interpretativo sobre el desarrollo histórico de los asentamientos con fosos en el Sur Peninsular, además del de García y Hurtado (1997), sería el realizado por Francisco Nocete (2001). A partir de las evidencias arqueológicas halladas en el Valle del Guadalquivir, Nocete llega a la conclusión de que, a principios del III milenio ANE, había existido en esta zona un precoz centro político que habría estado regido por unos determinados lazos de dependencia. Se trataría, según el autor, de uno de los primeros estados del Occidente Europeo. (Nocete, 2001: 12-13).

Nocete establece varias fases en la aparición de este Estado primigenio. La primera de ellas sería la *formación de un centro político*, que habría surgido a partir de un proceso formativo que se habría desarrollado entre el VI y III milenio ANE. Por tanto, según Nocete, este Estado del Valle del Guadalquivir tendría su origen en el Neolítico. Dentro de ese proceso formativo, el autor distingue dos subfases:

1. La primera iría del VI al IV milenio ANE, dándose una atomización en el patrón de asentamiento, con dos modelos de poblamiento bien diferenciados:
 - Por un lado, un modelo denominado *concentrado agrícola*, con una concentración demográfica que se daría sobre todo en el Bajo Guadalquivir.

- Por otro lado, un modelo *disperso*, con poblados que se ubicarían en las altiplanicies, y que seguirían un proceso contrario a esa concentración demográfica, es decir, se daría una fragmentación de la población. (Nocete, 2001: 67-70).
2. La segunda subfase se desarrollaría a lo largo del IV milenio ANE. En este momento remitiría esa tendencia a la atomización, reduciéndose el número de asentamientos del modelo *disperso* y concentrándose la población en valles fluviales. Esta tendencia se daría con intensidad en todo el Valle del Guadalquivir, en torno a poblados con fosos, como Papa Uvas o Martos. De esta manera, en todo el valle se acabaría imponiendo un mismo modelo de asentamiento, el modelo *concentrado agrícola*.

Esta concentración demográfica que se da en las tierras bajas del Valle del Guadalquivir a lo largo de la primera mitad del IV milenio ANE contrasta con el perfil económico y poblacional de los asentamientos ubicados en las tierras altas de las Sierras Subbéticas y en Sierra Morena. Según Nocete, esto llevó a la consolidación de dos sistemas económicos bien diferenciados: en las tierras bajas del Valle del Guadalquivir, donde se encontraban los asentamientos con fosos, la principal actividad económica llevada a cabo por sus pobladores sería la agricultura, mientras que en las tierras altas, donde los asentamientos serían herederos de ese modelo de poblamiento *disperso*, las principales actividades económicas serían la ganadería y la minería. De acuerdo con Nocete, en las tierras altas, las comunidades adquirirían una especialización en cantería que superaría las simples necesidades del consumo local, estableciéndose unas relaciones de intercambio entre ambas comunidades, con una circulación de productos líticos y ganaderos hacia las comunidades de las tierras del valle, que actuarían como receptoras (Nocete, 2001: 78).

Entre las tierras altas mineras/ganaderas y las bajas agrícolas, actuarían como nexo una serie de asentamientos a los que Nocete denomina *puerta de entrada*, especializados en el flujo de productos entre ambos territorios. Estos poblados estarían localizados en el Piedemonte Subbético y serían asentamientos donde la ganadería de ovicápridos ocupa una posición fundamental. Entre estos asentamientos destaca el ya mencionado Polideportivo de Martos (véase pág. 33). Estos poblados surgen y se desarrollan como respuesta a la demanda de productos por parte de las tierras bajas, y funcionarían como nexo entre ambos territorios durante todo el IV milenio, hasta que las comunidades del valle desarrollaron una organización política con poder para importar productos de lugares lejanos.

El proceso formativo, con la aparición del centro político, culminaría a comienzos del III milenio ANE, cuando se da una concentración demográfica – aún mayor – en los poblados, facilitando así el control de la fuerza del trabajo. De esta manera, todo el poblamiento del Valle de Guadalquivir quedaría concentrado en torno a grandes asentamientos fortificados, cuyas ubicaciones responderían más a necesidades defensivas que agrarias.

Una vez que se desarrolla el centro político, “la imposibilidad de aplicar formas de coerción intrasocial provocó que el sistema sólo pudiera reproducirse proyectando al exterior sus propias contradicciones” (Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2010: 36), surgiendo de esta manera las periferias.

En este esquema, los poblados con fosos fueron perdiendo cada vez más protagonismo en detrimento de los asentamientos con murallas y bastiones. La excepción a esta regla la encarnaría el yacimiento de Valencina de la Concepción, que en estos momentos se convertiría, según Nocete, en un asentamiento *puerta de entrada*. Ello vendría avalado por su tamaño, la complejidad de su organización y su ubicación periférica cerca de recursos mineros. Sin embargo, a diferencia de las *puertas de entrada* del IV milenio ANE, Valencina de la Concepción tendría una capacidad para acumular y distribuir los recursos mineros a lo largo de toda la cuenca. Es más, el hallazgo de productos exóticos, como el marfil, llevan a pensar que su capacidad para dirigir la circulación de productos iba incluso más allá de los límites circunscritos a la Península Ibérica.

Por último, hacia el año 2200 ANE, se daría una reorganización política del valle. A lo largo del II milenio ANE, surgirán un mayor número de asentamientos, aunque su proyección territorial será menor que la de los poblados del III milenio ANE, es decir, serían asentamientos de un tamaño más pequeño. Estos cambios llevarían al colapso del poblado *puerta de entrada* de Valencina de la Concepción y a la desaparición de casi todos los asentamientos con fosos.

Esta interpretación de Nocete ha tenido una enorme importancia en la investigación de la Prehistoria Reciente del Sur Peninsular, y ha recibido muy pocas críticas desde su publicación. Sin embargo, hay algunos autores que se muestran escépticos con algunos puntos de esta reconstrucción histórica, cuando no su abierta disconformidad. La más importante de estas críticas sería la realizada por Díaz del Río (2004), quien hace una lectura propia del proceso histórico del Alto Guadalquivir, tomando como referencia el yacimiento de Marroquíes Bajos. Su esquema contempla una progresiva concentración de la población en un unos pocos centros nucleares, destacando entre ellos el gran asentamiento de Marroquíes. Esta concentración demográfica culminaría hacia el año 2500 ANE, pero acabaría fracasando debido a la inestabilidad del poder político de los jefes y a las luchas entre facciones. En consecuencia, hacia el año 2200 ANE, se produciría el colapso del sistema, produciéndose una fisión del poblamiento. De esta manera, dice Díaz del Río, la Edad del Bronce no sería una evolución más compleja de la Edad del Cobre, sino la consecuencia de su fragmentación.

Díaz del Río sitúa el punto de partida de su interpretación en el IV milenio ANE y a lo largo de la primera mitad del III milenio ANE, momento en el que se observa una reducción en el número de poblados del Alto Guadalquivir. Estos asentamientos, que en un primer momento eran poblados con fosos, para después darse una dicotomía entre asentamientos con fosos y asentamientos amurallados, eran cada vez mayores en dimensiones. De esta manera, hacia el año 2500 ANE, cuando culmina el proceso, habría muy pocos poblados, pero éstos tendrían una gran proyección territorial.

En la zona en la que se encuentra Marroquíes Bajos, muchos asentamientos del IV milenio ANE se fueron abandonando a lo largo de la primera mitad del III milenio ANE, al mismo tiempo que Marroquíes crecía de manera inexorable con las gentes procedentes de tales asentamientos. Díaz del Río defiende que esta concentración demográfica en Marroquíes se pudo dar como consecuencia de un aumento de la conflictividad regional, lo que además explicaría el hecho de que otros dos asentamientos de la zona, como Los Alcores y El Albalate, fortificaran sus defensas. Al mismo tiempo, según el autor, en el poblado de Marroquíes habría surgido una jefatura que habría resultado atrayente para las poblaciones vecinas. Esta concentración de la población en Marroquíes supondría un aumento de la mano de obra, lo que repercutiría directamente en la aparición de obras públicas, entre las que sobresalen cinco fosos concéntricos y una muralla defensiva.

Sin embargo, todo este proceso se vería frenado hacia el año 2200 ANE, momento en el que los poblados con fosos desaparecen, surgiendo en su lugar una serie de asentamientos más pequeños y autosuficientes. En lo que se refiere a Marroquíes Bajos, las obras públicas caen en desuso, iniciándose un proceso de fisión como consecuencia de la lucha entre facciones. Díaz del Río defiende que los dirigentes de Marroquíes no supieron poner en marcha una tributación eficaz que rompiera con las restricciones sociales e ideológicas de una sociedad basada en el parentesco. De esta manera, dichas élites no pudieron institucionalizar su posición y cuando resultó evidente que éstas se apropiaban del excedente colectivo, algunos linajes se resistieron a seguir cediendo su independencia política. De esta manera, el choque de intereses entre las élites y las unidades domésticas, por un lado, y la competencia entre linajes, por otro, acabaron provocando la fisión y el colapso del sistema.

Los postulados marxistas formulados en la década de los noventa habrían llegado hasta nuestros días en una posición hegemónica absoluta si no hubiera sido por la formulación de estos tres modelos interpretativos de García y Hurtado (1997), Nocete (2001) y Díaz del Río (2004). Paradójicamente, la más importante de estas interpretaciones, la de Francisco Nocete, quedaría enmarcada dentro de la propia arqueología marxista, aunque proponiendo un desarrollo histórico diferente de los postulados en la década de los noventa. A día de hoy, esta interpretación de Nocete ha recibido muy pocas críticas, y ocupa una posición fundamental a la hora de comprender el modo en el que se conceptúan hoy los yacimientos con fosos.

5.5. Los asentamientos con fosos: un fenómeno europeo.

El último punto que vamos a tratar en el presente escrito es el dedicado a los poblados con recintos de fosos en Europa. Para ello, debemos tener presente que este fenómeno no se circunscribe o limita únicamente a la Península Ibérica, sino que abarca un espacio geográfico y una cronología mucho más amplios. Estos recintos de fosos, también denominados *ditched enclosures*, *enceintes*, *indelukke*, *erdwerke* o *rondels*, proliferan por toda Europa Occidental, extendiéndose desde Escandinavia hasta la

Península Ibérica, y desde Bretaña hasta Hungría, con una cronología muy amplia, abarcando desde el VI hasta el III milenio ANE. (Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2010: 44; 2012: 69).

Con el inicio del III milenio ANE, esta tradición de los recintos de fosos empieza a ser sustituida por otros tipos de arquitectura: recintos amurallados, henge, crómlech..., alcanzando su final entre el 2500-2200 ANE. Por lo tanto, el fenómeno debe ser interpretado como uno Neolítico, si bien es cierto que en determinadas zonas, como es el caso de la Península Ibérica, su construcción y uso se prolonga hasta la Edad del Cobre. (Márquez Romero y Jiménez Jáimez; 2012: 71)

Una de las pocas diferencias que hay entre los asentamientos europeos y los peninsulares es que los europeos están rodeados por zanjas que presentan muchas interrupciones en su trazado, es decir, los fosos de los asentamientos europeos no siguen trazados tan continuos como los de la Península Ibérica, sino que son más segmentados. La otra gran diferencia estriba en las dimensiones de dichos fosos; algunos yacimientos peninsulares presentan zanjas con una profundidad de más de 7 metros y una anchura de más de 10 m. Unos fosos con semejantes dimensiones difícilmente podrían ser superados por hipotéticos atacantes, algo que no podemos decir de los fosos europeos, que por lo general son más estrechos y menos profundos.

Sin embargo, al margen de estas dos diferencias, las similitudes entre los poblados europeos y los peninsulares son evidentes. Tales similitudes quedan patentes en su morfología, en su estructura, en su cronología y en sus ubicaciones topográficas. En este sentido, tanto unos como otros aparecen en territorios con paisajes llanos y deprimidos, como bajas laderas o cuencas, lugares muy difíciles de defender, de fácil acceso y con muy poca visibilidad del entorno geográfico. De la misma manera también se establecen siempre cerca de ríos y humedales, como estuarios o pantanos. En el caso de los asentamientos europeos, éstos aparecerán en torno a las grandes cuencas fluviales del continente, como el Danubio o el Rin.

Tampoco el proceso de formación de los registros arqueológicos que colmata las zanjas de los asentamientos europeos es diferente del proceso peninsular. En opinión de Márquez y Jiménez (2012: 82), la intencionalidad antrópica ocuparía una posición fundamental en la formación de tales registros. Según estos autores, la colmatación de las estructuras subterráneas respondería a un ritual que se realizaría de manera sistemática cuando el asentamiento, que tendría un carácter temporal, es abandonado.

En lo que se refiere a las interpretaciones sobre estos asentamientos europeos, la hipótesis más esgrimida ha sido la denominada *tesis belicista* del autor Lawrence Keeley, desarrollada en su obra *War Before Civilization* (1996). En esta obra, el autor intenta rebatir la tradicional teoría que defiende que las guerras primitivas fueron siempre de corta duración, con pocas víctimas y que, una vez cesadas las hostilidades, los grupos enfrentados volvían a un estado de armonía entre ellos. En este sentido, Keeley rechaza que las guerras primitivas fueran de una dimensión menor que las guerras modernas, y para demostrar su hipótesis tomó como referencia 11 poblados

Europeos, de los cuales 6 serían asentamientos con fosos. Keeley defiende que estos poblados habrían sido escenarios de enormes conflictos bélicos, y basa su hipótesis en 3 indicios:

1. En primer lugar, el autor interpreta los fosos que rodean los asentamientos como complicados sistemas defensivos que aparecen reforzados con complejas puertas de acceso y bastiones. Keeley ve en estos asentamientos con fosos, la aparición de precoces centros fortificados ya en el Neolítico.
2. Por otro lado, el autor interpreta el hallazgo de una concentración de puntas de flechas, en las inmediaciones del foso y la puerta de acceso al yacimiento de Crickley Hill (Inglaterra) (Fig. 15), como un indicio de que en dicho asentamiento se había producido una importante escaramuza bélica.
3. Por último, la presencia de restos humanos en el interior de las zanjas también ha servido como argumento a este autor para resaltar el carácter bélico de las sociedades que habitaron tales asentamientos. En este sentido, en el yacimiento inglés de Hambledon Hill, han aparecido víctimas con heridas de flecha que, según Keeley, habrían muerto en el transcurso de notables refriegas.

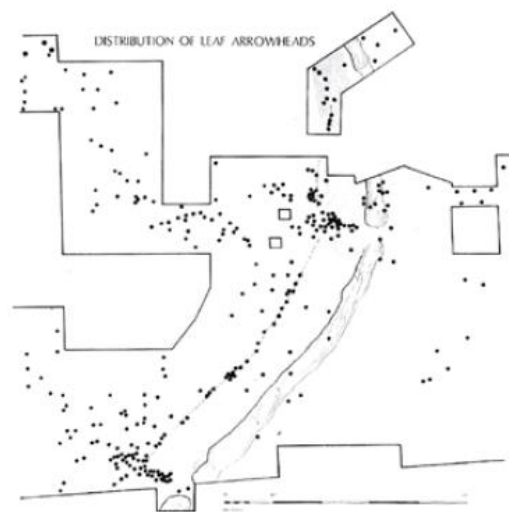


Fig. 15. Distribución de las puntas de flecha en el yacimiento inglés de Crickley Hill. Imagen tomada de Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2010: 72

Con el paso de los años Keeley ha matizado algunos puntos de su interpretación, aunque continúa atribuyendo a los fosos un carácter eminentemente defensivo. Sin embargo, lo cierto es que su teoría sigue teniendo como base esos escasos seis ejemplos. En consecuencia, esta tesis belicista ha sufrido constantes críticas.

En primer lugar, esta hipótesis defensiva de Keeley no se sostiene porque las dimensiones de algunos fosos habrían resultado insuficientes a la hora de repeler un ataque, al ser excesivamente estrechos y escasamente profundos. Debemos tener en cuenta, además, que estas estructuras subterráneas son muy irregulares; la profundidad y la anchura pueden variar mucho a lo largo del trazado, lo que hace poco probable que estos fosos fueran diseñados o concebidos con un fin defensivo.

Por otra parte, en casi todos los asentamientos europeos, estas zanjas tienden a presentar numerosas interrupciones en su trazado, unas interrupciones que en algunos casos concretos pueden llegar a ser abrumadoras, dotando al poblado de una gran sensación de permeabilidad. (Fig. 16). (Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2012: 77-78, 81-82).

Además, el territorio que abarca y supuestamente protege estos fosos, en algunas ocasiones, es demasiado amplio como para ser cubierto con los medios de la época, y en

el caso funcionar realmente como recintos defensivos, exigirían la presencia permanente y atenta de un elevado número de personas que cubrieran todo el terreno, y es que “una cosa es construir el sistema, y otra muy distinta [...] es mantenerlo y usarlo de forma efectiva” (Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2012: 79).

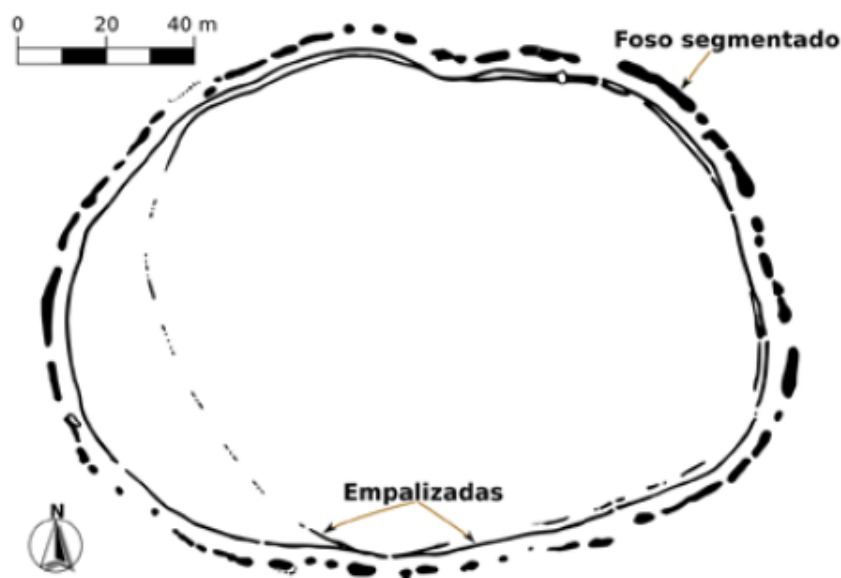


Fig. 16. Yacimiento de Les Réaudins (Francia). Ejemplo de yacimiento con un foso muy segmentado. Imagen tomada de Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2012: 78.

Otro elemento que juega en contra de esta tesis belicista es la propia topografía en la que aparecen tales yacimientos, pues se trata de sitios muy difíciles de defender. Como bien sabemos, estos poblados no se sitúan en lugares elevados que puedan aportar una defensa natural, como puede ser, por ejemplo, el punto más alto de un cerro, sino que los encontramos en terrenos bajos, lugares de fácil acceso, donde la visibilidad del entorno no es muy buena, muchas veces desdeñando puntos más altos y cerros vecinos que podrían ofrecer mejores condiciones defensivas.

Otro de los argumentos esgrimidos por Keeley en defensa de su teoría era la presencia de restos humanos en el interior de los fosos y el hallazgo en sus proximidades de restos que podían denotar una función defensiva, como muros, empalizadas o esa concentración de puntas de flecha hallada en el yacimiento de Crickley Hill. En opinión de Keeley, los restos humanos habían ido a parar al interior de las zanjas como consecuencia de una confrontación bélica, teoría que, según él, quedaría confirmada por las heridas de flecha que presentaban algunos de estos restos humanos. Sin embargo, frente a esta argumentación, Márquez y Jiménez (2012: 80) dicen que los fosos, lejos de contener los típicos restos que se generan tras una batalla, como son muros caídos, armas rotas o restos de los defensores del poblado, éstos son conscientemente abandonados tras cumplir su función social, momento en el que serían colmatados o amortizados de manera intencionada con depósitos arqueológicos de todo tipo, incluidos

restos humanos. En este sentido, ese hallazgo de una concentración de puntas de flecha en las proximidades del foso de Crickley Hill debe ser interpretado como un caso excepcional.

En definitiva, a nivel europeo, hay un rechazo a la teoría belicista de Keeley, no así en la Península Ibérica, donde la hipótesis de los fosos como estructuras bélico-defensivas ha llegado hasta nuestros días como la teoría predominante.

Por su parte, Márquez Romero y Jiménez Jáimez (2012) defienden que lo que realmente define a los recintos de fosos europeos es su monumentalidad y su carácter cercado. Se trata de espacios naturales modificados por el ser humano, separados de su entorno y que destacan por una construcción monumental. Esta monumentalidad nos habla también de una agregación poblacional, es decir, de la cantidad de personas que debían reunirse en estos lugares para llevar a cabo la construcción monumental. Estas reuniones las realizarían comunidades dispersas por el paisaje, y no tendrían un carácter permanente o sedentario, sino que serían agregaciones poblacionales temporales. Como es inherente a toda agregación social de poblaciones que normalmente viven separadas, en estos sitios se debió dar una enorme pluralidad de actividades sociales, tales como intercambios de objetos, explotación de recursos, intercambios de dones, matrimonios, alianzas entre diferentes unidades parentales, ritos funerarios, sacrificios, ofrendas, etc. Una vez finalizada la reunión, según estos autores, se procedería al abandono del lugar y a la colmatación intencionada de las estructuras subterráneas con depósitos arqueológicos, como parte de un ritual sistemático en el proceso de abandono del asentamiento. (Márquez Romero y Jiménez Jáimez, 2012: 85-86).

6. CONCLUSIONES

Como el lector habrá podido comprobar a lo largo de estas líneas, las sociedades calcolíticas, lejos de tratarse de comunidades simples, son grupos poblacionales cada vez más numerosos, estables y complejos, dándose incluso la aparición de incipientes jefaturas políticas. En este sentido, el Calcolítico peninsular debe ser interpretado como un periodo “bisagra”, en el que las sociedades neolíticas evolucionan hacia las denominadas *sociedades complejas* de la Edad del Bronce. La complejidad de estas sociedades también quedaría patente en la aparición de innovaciones tecnológicas. De esta manera, a partir de los restos arqueozoológicos hallados se ha llegado a la conclusión de que tales sociedades emplearon el arado y extendieron su uso, lo que además explicaría la intensificación agrícola documentada en los asentamientos de esta época.

El periodo analizado en el presente escrito es un periodo lleno de incógnitas, que más que dar respuestas, genera constantes preguntas y debates, como los que se dan en torno a las funciones que pudieron albergar los recintos de fosos. Hemos visto, en este sentido, como la tesis belicista o defensiva de Lawrence Keeley es la que más adeptos tiene, tanto en Europa como en la Península Ibérica. El propio concepto de *foso* puede denotar connotaciones defensivas, recordando, tal vez, aquellas trincheras que en la Edad Media se establecían alrededor de fortalezas y castillos. Por esta razón, quizás convendría abogar por un concepto más ambiguo y neutral, como *zanjas*, para referirnos a estas estructuras subterráneas longitudinales, ya que las teorías sobre los fosos como estructuras defensivas han recibido numerosas e importantes críticas, como la realizada por los autores Márquez Romero y Jiménez Jáimez (2012), que en mi opinión rebate por completo la hipótesis de que las zanjas pudieron haber sido utilizadas como estructuras defensivas, al menos en el ámbito europeo. En cualquier caso, suponiendo que dicha hipótesis fuera una inválida, lo cierto es que tampoco hay una teoría que se postule como alternativa predominante a esta tesis defensiva.

Aunque los dos tipos de asentamientos calcolíticos peninsulares analizados a lo largo del trabajo presentan notables diferencias entre ellos, las sociedades que los poblaron tienen una serie de características en común, sobre todo en lo que se refiere a las actividades económicas desarrolladas. Así, la agricultura y la ganadería, como actividades subsistenciales, ocuparían un peso primordial en el seno de estas sociedades. En lo que se refiere a la metalurgia, su origen en la Península Ibérica es otro de los misterios o incógnitas de este periodo, y su desarrollo parece darse con mayor énfasis en los poblados amurallados, planteándose incluso que los productores metalúrgicos ocuparan una posición de privilegio dentro de la sociedad.

En lo que se refiere a los asentamientos amurallados, lo más interesante, más allá de la marcada vocación minera y metalúrgica de sus habitantes, son sus complejos sistemas defensivos, con varias líneas de murallas jalonadas en torres y bastiones, y magníficos fortines distribuidos por todo el territorio. Todo esto, sumado a sus ubicaciones

estratégicas desde el punto de vista defensivo, sobre cerros y espolones amesetados, haría de estos asentamientos fortalezas inexpugnables.

El más importante y espectacular de todos estos asentamientos sería el de Los Millares, en Almería, ubicado sobre un espolón amesetado, cuyo sistema defensivo presenta hasta cuatro líneas de murallas con torres y bastiones, complejas puertas de acceso, y, sobre todo, once magníficos fortines distribuidos de manera estratégica por todo el asentamiento. Cabría señalar, no obstante, que toda esta complejidad defensiva parece un poco exagerada para el conflicto bélico *de arco y flecha* propio de esta época.

En estos asentamientos fortificados también llama la atención la presencia de cerámica campaniforme en los ajuares funerarios. Los recipientes cerámicos de este estilo han sido considerados, tradicionalmente, objetos de prestigio. En consecuencia, su hallazgo en contextos funerarios nos remitiría a una incipiente jerarquización social de las poblaciones que habitaron tales asentamientos.

Por su parte, en lo que se refiere a los poblados con recintos de fosos, éstos no han recibido tanta atención por parte de los investigadores como los asentamientos amurallados, en parte porque son descubrimientos relativamente recientes. Como hemos visto, los primeros yacimientos con recintos de fosos no se descubren en la Península Ibérica hasta la década de los años setenta, y las primeras memorias de excavación no se publican hasta los ochenta. No obstante, los investigadores ya venían teniendo contactos con yacimientos con estructuras subterráneas desde finales del siglo XIX; estamos hablando de los campos de hoyos o silos. Lo más importante de estos campos de hoyos, desde la perspectiva del presente trabajo, son las funciones que desde el siglo XIX se vienen atribuyendo a las fosas que conforman tales yacimientos. Esto es importante para nosotros porque con el descubrimiento de los yacimientos con fosos, a las fosas halladas en el interior de estos poblados se les atribuyeron las mismas funciones que, desde finales del siglo XIX, se venían otorgando a las de los campos de hoyos.

Por otro lado, los poblados con fosos resultan mucho más difíciles de interpretar ya que los únicos vestigios que existen de tales asentamientos son las estructuras subterráneas colmatadas con rellenos arqueológicos. Prueba de esta complicada interpretación son los continuos debates que se dan en torno a la funcionalidad de las zanjas. En estas interpretaciones sobre los asentamientos con recintos de fosos, la arqueología marxista, que irrumpe en escena a comienzos de los años noventa, ocupa una posición fundamental. Como hemos visto, los investigadores pertenecientes a esta corriente abordan la Prehistoria Reciente del Sur Peninsular desde el punto de vista de la desigualdad socioeconómica y la lucha de clases. Muchos de los postulados formulados por estos arqueólogos marxistas, al respecto de los yacimientos con fosos, siguen en pleno vigor a día de hoy, y su dominio habría sido absoluto sino hubiera sido por la formulación, con el comienzo del nuevo milenio, de algunos innovadores modelos interpretativos. Entre estas nuevas interpretaciones, la más importante sería la formulada por Francisco Nocete en el año 2001, la cual, paradójicamente, se incluiría dentro de la arqueología marxista, aunque proponiendo un desarrollo histórico diferente al sugerido

por los investigadores pertenecientes a esta corriente en los años noventa. Desde su formulación, la hipótesis de Nocete ha recibido muy pocas críticas, y es considerado el trabajo más ambicioso sobre la Prehistoria Reciente del Sur Peninsular.

Por último, en lo que se refiere a los asentamientos con fosos europeos, éstos no son muy diferentes de los que podemos encontrar en la Península Ibérica. Una de las pocas diferencias que existen entre unos y otros es la cronología. En el caso de Europa, el fenómeno de los recintos de fosos queda adscrito únicamente al Neolítico, con una cronología que abarca del VI al III milenio ANE. Sólo en algunos lugares el fenómeno perdura hasta la Edad del Cobre. Por su parte, en la Península Ibérica, los recintos de fosos más antiguos datan del 4000-3500 cal ANE, y los más recientes del 2500-2200 cal ANE. Por tanto, en el ámbito peninsular, el fenómeno sería uno calcolítico, si bien tendría su origen en el Neolítico Final.

Otra diferencia entre los asentamientos con fosos europeos y los peninsulares son las dimensiones de las zanjas. En este sentido, los poblados europeos presentan unos fosos, por lo general, más estrechos y menos profundos, con unas medidas que difícilmente podrían responder a intereses defensivos. Por su parte, en la Península Ibérica, dichos fosos serían mucho más profundos y anchos, con unas medidas que podrían alcanzar los 7 y 10 metros, respectivamente. Además, en el caso de Europa, las zanjas serían mucho más discontinuas y segmentadas, mientras que en la Península Ibérica seguirían trazados más continuos. En base a estas diferencias, se puede llegar a la conclusión de que la hipótesis defensiva de Keeley se cumpliría mejor en la Península Ibérica, que a nivel europeo. Paradójicamente, la mayor crítica realizada a esta teoría vendría precisamente del ámbito peninsular, concretamente de manos de los autores Márquez Romero y Jiménez Jáimez (2012), cuya obra hemos analizado a lo largo del trabajo. En cualquier caso, al margen de estas pequeñas diferencias, los asentamientos europeos y los peninsulares serían exactamente iguales en lo que se refiere a su morfología, estructura y ubicaciones topográficas.

Por lo tanto, para acabar, cabría señalar la importancia de entender los recintos de fosos como un fenómeno que abarcaría todo el continente europeo, y no como uno circunscrito al ámbito peninsular. Del mismo modo, debemos ser conscientes de que su cronología queda adscrita al Neolítico, y su perduración hasta la Edad del Cobre en la Península Ibérica debe ser interpretada como un caso excepcional. Por otro lado, también hay que tener presente que las hipótesis planteadas en torno al desarrollo histórico de estos asentamientos, a la funcionalidad de sus estructuras subterráneas, a las sociedades que los poblaron... no están confirmadas, y los debates en torno a ellas son constantes. En consecuencia, a día de hoy, en lo que respecta a los asentamientos con fosos, queda un largo camino por recorrer.

7. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adams, R.M.C. (1966), *The Evolution of Urban Society: Early Mesopotamia and Prehispanic Mexico*. New Jersey, Transaction Publishers.
- Alcázar, J.; Martín, A. y Ruiz, M.T. (1992): "Enterramientos Calcolíticos en zonas de hábitat", *Revista de Arqueología*, núm. 137, pp. 18-27.
- Arteaga, O. y R. Cruz-Auñón (1999a), "El sector funerario de los Cabezuolos (Valencina de la Concepción, Sevilla). Resultados preliminares de una excavación de urgencia", en *Anuario arqueológico de Andalucía 1995*, vol. III, pp. 589-599.
- Arteaga, O. y R. Cruz-Auñón (1999b), "Una valoración del 'patrimonio histórico' en el 'Campo de Silos' de la finca 'El Cuervo-RTVA' (Valencina de la Concepción, Sevilla). Excavación de urgencia de 1995", en *Anuario Arqueológico de Andalucía 1995*, vol. III., pp. 608-616.
- Barandiarán, I. et al. (1998), *Prehistoria de la Península Ibérica*. Barcelona, Ariel.
- Blanco Freijeiro, A. y B. Rothenberg (1981), *Exploración Arqueometalúrgica de Huelva*. Barcelona, Editorial Labor S.A.
- Bosch Gimpera, P. (1969), "La cultura de Almería" en *Pyrenae*, núm. 5, pp. 45-92.
- Cabrero, R. (1987), "Informe preliminar sobre las excavaciones arqueológicas realizadas en el yacimiento de Amarguillo II (los Morales, Sevilla)", en *Anuario Arqueológico de Andalucía 1986*, vol. II, pp. 180-185.
- Cabrero, R. (1990), "El poblado de la Edad del Cobre denominado Amarguillo II (los Molares, Sevilla). Informe preliminar tras la excavación sistemática de 1987", en *Anuario arqueológico de Andalucía 1987*, vol. II, pp. 276-277.
- Cámara, J.A. y R. Lizcano (1997), "El Polideportivo de Martos. Campaña de 1993.", en *Anuario Arqueológico de Andalucía 1993*, vol. III, pp. 375-385.
- Castillo, A. del (1928) *La cultura del Vaso Campaniforme. Su origen y extensión en Europa*. Barcelona.
- Castro Martínez, P.V.; Lull, V. y R. Micó (1996), *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares*. Oxford, B.A.R. International Series 652.
- Carriazo, J. de M. (1980), *Protohistoria de Sevilla. En el vértice de Tartesos*. Sevilla, Editorial Guadalquivir.
- Carrilero, M.; Martínez, G. y J. Martínez (1982), "El yacimiento de Los Morales (Castro del Río, Córdoba). La Cultura de los Silos en Andalucía Occidental," en

Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, vol. 7, pp. 171-208.

- Chapman, R. (1982), "Autonomy, ranking and resources in Iberian prehistory" en Renfrew, C. y S. Shennan, *Resources and exchange. Aspects of the Archeology of Early European Society*. Cambridge, Cambridge Press University, pp. 46-51.
- Chapman, R. (1991), *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la Península Ibérica en el marco del Mediterráneo Occidental*. Barcelona, Editorial Crítica.
- Childe V.G. (1930), "The Origin of the Bell Beaker" en *Man*, vol. 30, pp. 200-201.
- Collantes de Terán, M. (1969), "El dolmen de Matarrubilla" en *Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Jerez de la Frontera, Septiembre de 1968*. Barcelona, Universidad de Barcelona, pp. 47-62.
- Cruz-Auñón, R. y E. Rivero (1990), "Yacimiento del Negrón (Gilena, Sevilla), campaña 1987", en *Anuario arqueológico de Andalucía 1992*, vol. II, pp. 278-280.
- Cruz-Auñón, R. et al. (1995), "Informe provisional de la excavación sistemática en el yacimiento de El Negrón (Gilena, Sevilla. Campaña de 1991", en *Anuario Arqueológico de Andalucía 1992*, vol. II, pp. 347-351.
- Cruz-Auñón, R. y Arteaga, O. (1999): "Acerca de un campo de silos y un foso de cierre prehistóricos ubicados en la Estacada Larga (Valencina de la Concepción, Sevilla). Excavación de urgencia de 1995", *Anuario Arqueológico de Andalucía 1995*, vol. III, pp. 600-607.
- Delibes de Castro, G. et al. (2014), *Recintos de fosos calcolíticos del Valle Medio del Duero. Arqueología aérea y espacial*. Valladolid. Universidad de Valladolid.
- Díaz del Río, P. (2004), "Factionalism and collective labor in copper age Iberia" en *Trabajos de Prehistoria*, núm. 61, vol. 2, pp. 85-98.
- Edmonds, M. (1999) *Ancestral Geographies of the Neolithic. Landscape, monuments and memory*. Londres y Nueva York, Routledge.
- Eiroa, J.J. et al. (2002), *Evolución urbana y actividad económica en los núcleos históricos*. Murcia, Universidad de Murcia.
- Eiroa, J.J. (2009), *Nociones de Prehistoria general.*, Ariel, Barcelona.
- Fernández, J. y Oliva, D. (1986): "Valencina de la Concepción (Sevilla). Excavaciones de urgencia" *Revista de Arqueología*, núm. 58, pp. 19-33.
- García Sanz, C. y J. Fernández Jurado (1999), "La época calcolítica de San Bartolomé de Almonte", en *Huelva arqueológica*, núm. 15, pp. 5-133.

- García Sanjuan, L. y V. Hurtado (1997), “Los inicios de la Jerarquización Social en el Suroeste de la Península Ibérica (c. 2500 – 1700 A.N.E.). Problemas conceptuales y empíricos”, en *Saguntum: Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, núm. 30, pp. 135-152.
- Gilman Guillén, A. (1976), “Bronze Age dynamics in southeast Spain”, en *Dialectical Anthropology*, vol. 1, pp. 307-319.
- Gilman Guillén, A. y J.B. Thornes (1985), *Land-Use and Prehistory in South-East Spain*. Londres, Allen and Unwin.
- Gilman Guillén, A. (1987), “Regadío y conflictos en sociedades acéfalas” en *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, núm. 53, pp. 59-72.
- Harrison R. y G. Moreno (1986), “El policultivo ganadero o la revolución de los productos secundarios” en *Trabajos de Prehistoria*, vol. 42, núm. 1, pp. 51-82.
- Hornos, F.; Nocete F. y C. Pérez (1987), “Actuación arqueológica de urgencia en el yacimiento de los pozos en Higuera de Arjona (Jaén)”, en *Anuario Arqueológico de Andalucía 1986*, vol. III, pp. 198-202.
- Hornos, F.; Zafra, N. y M. Castro (1998), “La gestión de una zona arqueológica urbana: la experiencia de investigación aplicada en Marroquíes Bajos (Jaén)”, en *PH. Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, núm. 22, pp. 82-91.
- Hurtado, V. (1991), “Informe de las excavaciones de urgencia en La Pijotilla (Badajoz)”, en *Extremadura arqueológica*, vol. II, pp. 45-68.
- Lago, M.; Duarte, C.; Valera, A.; Albergaria, J.; Almeida, F. y A. Carvalho (1998), “Povoado dos Perdigoões (Reguengos de Mosaraz): dados preliminares dos trabalhos arqueológicos realizados en 1997”, en *Revista portuguesa de Arqueologia*, núm. 1, vol. 1, pp. 45-152.
- Lizcano, R. et al. (1991-92), “El Polideportivo de Martos. Producción económica y símbolo de cohesión en un asentamiento del Neolítico final en las Campiñas del Alto Guadalquivir”, en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada*, vol. 16-17, pp. 5-101.
- Lull, V. (1983) *La cultura de El Argar. (Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas)*. Madrid, Akal.
- Lull, V. (1984) “A new assessment of Argaric society and economy” en Waldren W.H. et al., *The Deyà Conference of Prehistory. Early Settlement in the Western Mediterranean Island and their Pheripheral Areas*. Oxford, B.A.R. International Series, 229, vol. 4, pp. 1197-1238
- Keeley, L.H. (1996), *War Before Civilization*. Oxford, Oxford University Press.

- Kunst, M. (1987), “Bell Beaker sherd in Zambujal”, en Waldren W.H. y R.C. Kennard, *Bell Beakers of the Western Mediterranean*. Oxford, B.A.R. Int. Series, pp. 591-609.
- Márquez Romero, J.E. (2001), “De los ‘Campos de Silos’ a los ‘Agujeros Negros’: sobre pozos, depósitos y zanjas en la Prehistoria Reciente del sur de la Península Ibérica”, en *Spal. Revista de prehistoria y arqueología*, núm. 10, pp. 207-220.
- Márquez Romero, J.E. y V. Jiménez Jáimez (2010), *Recintos de fosos. Genealogía y significado de una tradición en la Prehistoria del suroeste de la Península Ibérica (IV-III milenios A.C.)*. Málaga, Universidad de Málaga.
- Márquez Romero, J.E. y V. Jiménez Jáimez (2012), “Interpretando los recintos de fosos de la Prehistoria Meridional Europea: la tesis belicista a examen”, en Jiménez Arenas, J.M. y Muñoz Muñoz, F.A. (coord.), *La Paz, partera de la historia*. Granada, Editorial de la Universidad de Granada, pp. 69-86.
- Martin de la Cruz, J.C. (1985), *Papa Uvas I. Aljaraque, Huelva. Campañas de 1976-1979. Excavaciones arqueológicas de España, núm. 136*. Madrid, Ministerio de Cultura.
- Martín de la Cruz, J.C. (1986) *Papa Uvas II. Aljaraque, Huelva. Campañas de 1981 a 1983. Excavaciones arqueológicas de España, núm. 149*. Madrid, Ministerio de Cultura.
- Martín de la Cruz, J.C. (1995) “El cambio cultural del Neolítico al Calcolítico”, en Hurtado, V. (dir.), *El Calcolítico a debate: reunión de Calcolítico en la Península Ibérica*. Sevilla, Junta de Andalucía.
- Mathers, C. (1984a), “‘Linear Regression’, Inflation and Prestige Competition: Second Millennium Transformations in Southeast Spain” en Waldren, W. H. et al., *The Deyà Conference of Prehistory. Early Settlement in the Western Mediterranean Island and their Pheripheral Areas*. Oxford, B.A.R. International Series, 229, vol. 4, pp. 1167-1196.
- Mathers, C. (1984b), “Beyond the grave: the context and wider implications of mortuary practice in south-eastern Spain”, en Blagg T.F.C.; Jones R.F.J. y S.J. Keay, *Papers in Iberian Archeology*. Oxford, B.A.R. International Series, 193, vol. 1, pp. 13-46.
- Molina González, F. y J.A., Cámara Serrano (2010), “Los Millares y su dominio sobre el Valle de Andarax” en *PH. Boletín del Instituto Andaluz de Patrimonio Histórico*, núm. 73, pp. 42-87.
- Morgado Rodríguez, A. (2002), *Transformación social y producción de hojas de sílex durante la Prehistoria Reciente de Andalucía Oriental. La estrategia de la*

- complejidad*. Tesis doctoral, Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Granada, Granada.
- Nocete Calvo, F. (1984), "Jefatura y territorio: una visión crítica" en *Cuadernos de prehistoria y arqueología de la Universidad de Granada*, núm. 9, pp. 289-304.
- Nocete Calvo, F. (1994), *La formación del estado en las campiñas del Alto Guadalquivir, 3000-1500 A.N.E: análisis de un proceso de transición*. Granada, Universidad de Granada.
- Nocete Calvo, F. (2001), *Tercer milenio antes de nuestra era: relaciones y contradicciones centro-periferia en el Valle del Guadalquivir*. Barcelona, Bellaterra.
- Pellicer, M. (1986), "El Cobre y el Bronce Pleno en Andalucía Occidental", en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Sevilla, Junta de Andalucía, pp. 245-250.
- Perdigones, L. y Guerrero, L.J. (1987): "Excavaciones de urgencia en el Peñón Gordo (Benaocaz, Cádiz), 1985", *Anuario Arqueológico de Andalucía 1985*, vol. III, pp. 29-33.
- Pryor, F. (1988) "Etton, near Maxey, Cambridgeshire: A causewayed enclosure on the fen-edge", en Burgess, C.; Topping, P.; Mordant, C. y Maddison, M. (eds.) *Enclosures and defences in the Neolithic of Western Europe*, BAR International Series, 403, vol. II, pp. 107-126.
- Ramos Millán, A. (1981), "Interpretaciones secuenciales y culturales de la Edad del Cobre en la zona meridional de la Península Ibérica. La alternativa del materialismo cultural", en *Cuadernos de prehistoria de la Universidad de Granada*, vol. 6, pp. 203-256.
- Renfrew, C. (1972), *The Emergence of Civilisation. The Cyclades and the Aegean in the Third Millennium B.C.* London, Methuen.
- Renfrew, C. (1986) *El alba de la civilización: la revolución del radiocarbono (C14) y la Europa prehistórica*. Madrid, Istmo.
- Richard Harrison, J. y G. Moreno López (1985), "El policultivo ganadero o la revolución de los productos secundarios", en *Trabajos de Prehistoria*, vol. 42, pp. 51-82.
- Rivero, E.; Cruz-Auñón, R. y P. Fernández (1989), "Avance de los trabajos realizados en el yacimiento de la Edad del Cobre del Negrón (Gilena, Sevilla)", en *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología*, Castellón, 1987. Zaragoza, pp. 329-339.

- Rodríguez Ariza, M.O. (2000), “El paisaje vegetal de la Depresión de Vera durante la prehistoria reciente. Una aproximación desde la antracología” en *Trabajos de prehistoria*, vol. 57, núm. 1, pp. 145-156.
- Rodríguez Ariza, M.O. (2005), “La Antracología: metodología y objetivos” en *Arqueometría y Arqueología medieval*. Granada, Al-Baraka, pp. 193-217.
- Ruiz Fernández, J.A. (1987), “Informe excavaciones de urgencia. Pago de Cantarranas-La Viña. El Puerto de Santa María”, en *Anuario arqueológico de Andalucía 1986*, vol. III, pp. 95-100.
- Ruiz Lara, D. (1990): "Excavación arqueológica de urgencia en la Minilla, La Rambla, Córdoba. Campaña de 1989", en *Anuario Arqueológico de Andalucía 1989*, vol. III, pp. 157-163.
- Ruiz Matas, D. (1983): "El yacimiento de la Edad del Bronce de Valencina de la Concepción (Sevilla) en el marco cultural del Bajo Guadalquivir", en *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía*. Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, pp. 183-208.
- Sahlins, M. (1983), *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid, Akal Editor.
- Santana, I. (1993), “Excavación arqueológica de urgencia en “El Algarrobillo”, Valencina de la Concepción (Sevilla)”, en *Anuario arqueológico de Andalucía 1991*, vol. III, pp. 578-585.
- Schüle, W. (1986), “El Cerro de la Virgen de la Cabeza, Orce-Granada. Consideraciones sobre un marco ecológico cultural” en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Sevilla, Junta de Andalucía, pp. 208-220.
- Sherrat, A. (1981), “Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution” en Hodder, I; Isaac, G. y N. Hammond, *Pattern of the past: studies in honour of David Clarke*. New York, Cambridge University Press, pp. 261-305
- Silva, C.T. da (1987), “Megalitismo do Alentejo occidental e do sul do Baixo Alentejo (Portugal)”, en *El megalitismo en la Península Ibérica*. Madrid, Ministerio de Cultura, pp. 85-93.
- Siret, L. (1913), *Questions de chronologie et d’Ethnologie Ibériques. I. De la fin du quaternaire a la fin du bronze*. París, Paul Geuthner.
- Vargas Jiménez, J.M. (2004), *Carta arqueológica municipal de Valencina de la Concepción*. Sevilla, Junta de Andalucía.
- Zafra, N.; Hornos F. y M. Castro (1999), “Una macro-aldea en el origen del modo de vida campesino: Marroquíes Bajos (Jaén) c. 2500-2000 cal ANE”, en *Trabajos de prehistoria*, núm. 56, pp. 77-102.

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Recreación del asentamiento de Los Millares	15
Figura 2. Muralla I del yacimiento de Los Millares.....	16
Figura 3. Fortín I del yacimiento de Los Millares.....	16
Figura 4. Cultura de VNSP y poblados fortificados del Alentejo y el Algarve	18
Figura 5. Vista aérea del poblado calcolítico de Zambujal	19
Figura 6. Estructuras subterráneas en el yacimiento de Marroquies Bajos	22
Figura 7. Ejemplo de foso con seccion en “V”	22
Figura 8. Ejemplo de asentamiento con varias líneas de fosos	23
Figura 9. Ejemplo de estructuras siliformes	24
Figura 10. Ejemplo de campo de hoyos	25
Figura 11. Mapa con yacimientos pertenientes a la Cultura de los Silos	27
Figura 12. Ejemplo de recinto foso	28
Figura 13. Recreación idealizada del asentamiento de Marroquies Bajos	33
Figura 14. Plano del yacimiento de Valencina de la Concepción	34
Figura 15. Plano del yacimiento de Crickley Hill	41
Figura 16. Ejemplo de yacimiento con foso muy segmentado (Les Réaudins, Francia)	42

ÍNDICE DE GRÁFICOS

Gráfico 1. Distribución de frecuencias relativas de dataciones radiocarbónicas válidas procedentes de contextos de la cultura de Los Millares	10
Gráfico 2. Distribución de frecuencias relativas de dataciones radiocarbónicas válidas procedentes de yacimientos calcolítico de Alemtejo y Algarve	10
Gráfico 3. Distribución de frecuencias relativas de dataciones radiocarbónicas válidas procedentes de contextos de la cultura de VNSP	18